José Luis Trullo

LA CONDICIÓN HUMANISTA

Gratitudes y compromisos (2012-2024)



cypress

José Luis Trullo

LA CONDICIÓN HUMANISTA

Gratitudes y compromisos (2012-2024)



2ª ed., ampliada: septiembre de 2024

Imagen de portada: foto de la antigua biblioteca de Cincinnati

Diseño de portada: Radu Marques

Corrección ortotipográfica: Juan Antonio Sánchez

Una iniciativa de Cypress
www.cypress.com.es

ISBN: 978-84-129035-7-7
Depósito legal: SE 2093-2024

ÍNDICE

LA CONDICIÓN HUMANISTA

Por mucho que se quiera creer múltiple, proteico e imprevisible, el hombre no es esa criatura de naturaleza indeterminada con que algunos coquetean, tal vez porque así podrán hacer con ella lo que quieran. De hecho, opino justo lo contrario: que cada persona (y no sólo el héroe) nace bajo una égida particular, con un destino propio, y es su responsabilidad elucidarlo y adecuarse a él; sólo así logrará henchir su vida de sentido y alcanzar esa plenitud que llamo, con los clásicos, *felicidad*.

Releyendo los textos que, a lo largo de los años, he ido publicando en distintos medios y soportes, y de los cuales ahora reúno una selección en forma de libro, caigo en la cuenta de que, por muy dispersos que en apariencia hayan sido sus itinerarios, mis reflexiones siempre giran en torno a un único eje: como los toros en la plaza, yo tengo mi *querencia*, tiendo a lo mismo bajo máscaras siempre distintas. Así, no me parece difícil detectar ciertas propensiones que comparecen una y otra vez, al albur de la ocasión. No, no somos un amasijo de materiales arrastrados por la corriente, ni mucho menos niños obrando a capricho, sino los timoneles de una embarcación que, por muy humilde que sea, es la nuestra: no podemos lanzarnos al agua y abandonarla a su suerte. Nuestra propia vida está en juego, o al menos, su sentido. Y para un humanista como yo, lo que no tiene sentido, no tiene derecho a existir.

He utilizado el término *humanista* con plena conciencia. Me reconozco inscrito en una larga tradición que se remonta a Grecia y Roma, pero también a Jerusalén. Desde que, con apenas veinte años, las *Cartas a Lucilio* de Séne-

ca me arrancasen de la desesperación para ponerme en camino hacia la verdad y la vida, los clásicos me han ayudado a navegar en medio de la tormenta, pero también en plena calma chicha (y eso tiene aún mayor mérito). Como aseveró nuestro Gracián, y repito siempre que puedo, “no se vive si no se sabe”, y convivir con los clásicos me permite consaber lo que ellos saben, compartir lo que ellos tienen y aspirar a lo que ellos propendieron. Mi condición humanista no se concibe sin el diálogo permanente con las fuentes de nuestra cultura, en un intercambio fluido de preguntas y respuestas, dudas y vacilaciones. Los clásicos no son patriarcas: son hombres, y por ello los puedo reconocer como hermanos, semejantes a mí aunque (claro) infinitamente mejores. Su excelencia apela a la mía, me obliga, no a superarme sino a estar a mi máxima altura, a no desfallecer, a seguir remando incluso en plena noche.

Releídos los textos que componen este librito, los percibo como lo que siempre fueron: pequeños gestos de gratitud por todo el conocimiento recibido, y como un compromiso con mi deber de compartirlo y no permitir que caiga en el olvido. Ojalá, en la medida de mis parvas posibilidades, pueda contribuir a ello.

José Luis Trullo

FLEXIONES REFLEXIVAS

DE LA UTILIDAD DEL SABER PARA LA VIDA

De toda la vasta producción textual de Nietzsche, las *Consideraciones intempestivas* son, quizás, las menos divulgadas; en comparación con sus obras mayores *(Así habló Zaratustra, Humano demasiado humano, La genealogía de la moral, Más allá del bien y del mal, La gaya ciencia*), se las percibe como lo que también fueron: obras de combate con su propia época, algo ramplonas y panfletarias, si bien hay que admitir que la esencia del pensamiento nietzscheano ya se percibe en ellas de manera definida. No tengo el propósito de glosarlas aquí, sino de rescatar algunas reflexiones vertidas por su autor en la intitulada *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*,[1] ya que me parece que muchos de los diagnósticos que vierte en sus páginas son todavía plenamente vigentes, aunque sus propuestas terapéuticas –tras las vanguardias artísticas y los totalitarismos del siglo XX– ya no resulten de recibo.

La tesis central del libro se resume en unas pocas y acertadas frases del prefacio, y es la siguiente: "La enseñanza que no estimula, la ciencia que paraliza la actividad, la historia en cuanto preciosa superfluidad del conocimiento y artículo de lujo, nos resultan seriamente odiosas", ya que si "necesitamos la historia [es] para la vida y la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción". Para Nietzsche, la sociedad de su época sufre una inflación de conocimientos históricos, entendidos estos como áridos

---

[1] *Cito por la traducción de Dionisio Garzón sobre la edición crítica de Colli y Montinari. Madrid, EDAF, 2000.

documentos acerca de un pasado apreciado como glorioso, sí, pero que no parece brindarnos lecciones existenciales de valor, antes al contrario: su grandeza nos apabulla hasta el punto de hacernos sentir “epígonos”, incluso de vivir en una época decadente, estéril y sin pulso vital. Para recobrar la confianza perdida y alzar de nuevo el vuelo, Nietzsche anima a la juventud a romper las “cadenas” de un conocimiento que él denomina *anticuario* para entroncar con lo que de vivo y fecundo posee el gran arte del pasado (esos “modelos de lo excelso, de lo natural y de lo humano” que convenimos en llamar clásicos). De hecho, es mediante el sano ejercicio del *olvido selectivo* como el hombre puede volver a confiar en su propia capacidad para realizar cualquier tarea con aspiraciones a perdurar; en la medida en que nos entregamos a lo ahistórico y lo suprahistórico (a “lo eterno”), con la inocencia de un niño que cree ingenuamente que todo es posible en cualquier momento, nos hacemos dignos de trascender los márgenes de nuestra época para inscribirnos en el continuo de los logros intemporales (esa “carrera de antorchas”): de lo contrario, solo produciremos obras anémicas, irónicas e incluso cínicas, exangües en suma.

El libro es una glosa extensa y algo redundante sobre estos principios básicos. Basta sopesarlos, siquiera someramente, para percibir que nos resultan de una actualidad desasosegante, impresión que se centuplica cuando desciende al análisis del tipo de saber que domina en su época. Escribe Nietzsche: “Las palabras fábrica, mercado de trabajo, oferta, utilización –y toda la terminología auxiliar del egoísmo– acuden a los labios cuando se quiere hablar de la más moderna generación de doctos”. ¡Y lo dice en pleno siglo XIX! No me quiero imaginar lo que exclamaría

ante la actual academia, rendida ante los protocolos de la productividad capitalista, atenazada por las exigencias del rendimiento cuantitativo y despojada de cualquier inquietud acerca de la realidad que le rodea… salvo cuando trata de domeñarla blandiendo la espada del fanatismo ideológico y el sectarismo más execrable (lo cual es mucho peor, claro). Clama el alemán:

> Es cierto que, en los últimos decenios, la ciencia ha progresado con rapidez sorprendente; pero contemplad también a los científicos, esas gallinas exhaustas. No son, verdaderamente, naturalezas "armónicas": pueden solamente cacarear más que nunca porque ponen huevos con más frecuencia, pero, en realidad, los huevos son cada vez más pequeños (aunque los libros son cada vez más grandes).

Nietzsche denuncia a renglón seguido la "contraposición entre vida y sabiduría" que, de hecho, es una de las grandes y fatales consecuencias que han acarreado el triunfo de la Ilustración y la generalización de la racionalidad moderna, para la cual el conocimiento no es más que un instrumento para dominar el mundo material, quedando relegados los valores estéticos, espirituales y religiosos al ámbito de lo privado, cuando no de lo carente de relevancia intelectual, de lo decorativo. Arremete contra ese "tropel de puros pensadores que no hacen más que asistir como espectadores de la vida", así como contra esos "individuos sedientos de saber, que sólo con el saber se sienten satisfechos y para quienes el aumento de conocimientos es el objetivo en sí": lógicamente, habla de los eruditos, ese ejército de técnicos especialistas cuya labor es necesaria, sí,

pero siempre que esté al servicio de algo más (ese *algo más* que nuestras instituciones educativas han olvidado):

Tampoco hay que despreciar a los trabajadores que acarrean, supervisan y clasifican los materiales de la historia porque ellos no podrán llegar a ser grandes historiadores; pero todavía menos debemos confundirlos con estos últimos, más bien hay que comprenderlos como necesarios colaboradores y obreros al servicio del maestro.

Quizás sobren dóciles albañiles y falten arquitectos con ambición intelectual, habría que apostillar. Yo mismo, cuando cursé el doctorado en Filología Románica, no encontré a nadie que me considerase otra cosa que un útil carretillero… Sea como fuere, confundir erudición con sabiduría y acumulación de conocimientos con hondura intelectual es un pecado todavía vigente (y que se remonta, por lo menos, hasta los sofistas, si hemos de creer a sus detractores): "Un gran erudito y una gran cabeza vacía son cosas que fácilmente pueden encontrarse bajo un mismo sombrero", ironiza Nietzsche. Seguro que el lector conocerá a más de un docente, investigador o catedrático que se ajusta a ese perfil. Por otro lado, quien más quien menos ha experimentado la íntima decepción de contrastar la alta estima en la que tenía a alguna eminencia con su desabrido trato personal; y es que resulta infinitamente más sencillo escribir una enciclopedia en varios tomos que alcanzar la auténtica excelencia humana.

Y yo me pregunto: ¿ha cambiado algo el modo en que la sociedad se relaciona con el saber, en pleno siglo XXI? Tanto tiempo después de que Nietzsche proclamase a los cuatro vientos lo nocivo que puede resultar un conocimiento que descuida su dimensión existencial, ¿en qué situación nos encontramos hoy?

Basta con prestar atención a lo que piensan de ella los propios miembros de la academia: lamentan el incremento exponencial de la burocracia, el bajísimo nivel del alumnado, los acicates espurios a producir publicaciones indexadas (¡cada vez más huevos cada vez más pequeños!), la escasísima enjundia intelectual de la que adolecen la inmensa mayoría de las mismas, el fraude encubierto de las publicaciones subvencionadas con cargo a los presupuestos de los equipos de investigación a los que pertenecen los autores… Nos encontramos ante una enorme rueda girando en el vacío de su propia irrelevancia, ya que a estas alturas son pocas las aportaciones sustantivas en la rama de las humanidades y enorme el caudal de prescindibles inanidades. Ello por no hablar del nulo impacto que, según mis fuentes, suponen los estudios en las propias existencias de quienes los cursan: las auténticas vocaciones son escasas, prolifera el rudo ventajismo cuando no el afán por hacerse con un título para opositar a cualquier cuerpo de la administración. Así las cosas, cabe preguntarse en qué ha cambiado el desastroso panorama que pintaba Nietzsche de la academia de su época; poco, me temo.

Tal vez podríamos caer en la tentación de establecer una fácil correlación histórica con el Renacimiento, época en la cual los saberes hormigueaban al margen de la universidad, y fabular la existencia de una rica pléyade de sabios trabajando al margen de la misma. Vana ilusión. Si los hay (que los hay), la mayoría tampoco son (somos) mucho mejores los que estamos fuera que los que están dentro: compartimos el mismo pecado de tomar el conocimiento como un fin en sí mismo, devorando libros y escribiendo otros nuevos sin que aporten ni nos aporten otra cosa que un efímero cosquilleo de satisfacción, entre vani-

dosa y ridícula. La alternativa a la anquilosa institución, pues, y salvo honrosísimas excepciones no es mucho mejor que ella: impostura, autoindulgencia, ¡cáscara!

Quizás llevamos arrastrando demasiado tiempo la pesada carga de una escisión fatal: la que establece una cesura irreconciliable entre la vida y el conocimiento. Hemos acabado identificando la primera con una anodina supervivencia desprovista de enjundia significativa (ese "ir tirando" que tantas veces oímos de la cuna a la tumba) y el segundo con atesorar datos más o menos pintorescos pero sin trascendencia alguna para la misma. Hay que decirlo claro: un saber que humilla a quien lo cultiva no es digno de atención; y una existencia que no lo aprovecha para dejarse iluminar por él no merece estima. Es preciso reflexionar acerca de nuestra relación con el saber: restañar la herida que ha ocasionado la Modernidad tanto en el cuerpo del conocimiento (reservado ya a una élite de fríos técnicos) como en el de nuestras propias vidas (degradadas a una ominosa insignificancia), recobrar la perdida unidad del hombre, rescatar su dignidad. De no ser así, los estragos tanto en uno como en otro ámbito no harán más que acrecentarse, y las consecuencias para todos sólo pueden ser desastrosas, puede que irreversibles.

¿ADIÓS A LAS LIBRERÍAS?

En un texto titulado "Sobre la lectura y los libros", incluido en el libro *Parerga y Paralipómena* (1851), Arthur Schopenhauer escribe: "Nueve décimas partes de toda nuestra literatura no tiene otra finalidad que sacar algún dinero del bolsillo del público. Autores, editores y críticos están coaligados a este fin". Según el filósofo alemán, el propósito de todos ellos respecto a la llamada sociedad culta es "amaestrarla para que lea *a tempo*, es decir, siempre lo mismo, siempre la última novedad y, con ello, tener en sus círculos sociales materia de conversación". La literatura, en la época de la imprenta, asumiría un valor antes social que artístico, pues la finalidad de leer no sería tanto formarse intelectual o espiritualmente, como hallar modos cómodos de trenzar y sostener relaciones mundanas. Si "la gente, en lugar de leer lo mejor de todos los tiempos, lee únicamente lo más nuevo" es porque las novedades editoriales –como los estrenos teatrales y de cine o, en general, cualquier fenómeno más o menos inaudito, al menos en apariencia– renuevan la ocasión para entablar conversaciones presuntamente cultivadas, cuando en realidad a duras penas logran ocultar su carácter frívolo y mundano.

¿Ha cambiado el panorama editorial y libresco en el más de siglo y medio transcurrido desde que fueron plasmadas estas palabras? No, por supuesto que no, antes al contrario: las librerías apenas comercializan ya lo que antaño conocíamos con el mistérico nombre de "fondo de catálogo"; las propias editoriales borran de sus existencias aquellos títulos que no han conocido un éxito inmediato, ya que los costes de almacenaje acaban devorando los ya

de por sí magros beneficios. Los propios compradores de libros se decantan frecuentemente por el libro que anda en boca de todos, no vaya a ser que en sus amaneradas tertulias (reales o virtuales) no estén al cabo de la calle, ay, y se sientan desplazados, aislados en un rincón.

El resultado es que el auténtico amante de los libros, el que ve en ellos, no una ocasión para la charla insustancial, sino un camino para la propia formación personal, en una librería del siglo XXI se encuentra en un territorio extraño, cuando no hostil. Los mesas de novedades aparecen atestadas de títulos recién horneados que deben ser consumidos casi en el mismo día, pues –a semejanza de la *baguette* de masa congelada que a punto está de acabar con las panaderías tradicionales– dentro de un par de meses, a lo sumo, se habrán endurecido hasta resultar incomestibles: ya nadie hablará de ellas…

Por otro lado, nunca han sido las librerías –a despecho de la cursilería que suelen utilizar los presuntos letraheridos para referirse a ellas– unos recintos especialmente sagrados; su vocación es comercial, mercantil, social, y expide lo que se vende, como una gasolinera surte de gasolina o una frutería de tomates y manzanas. Si un lector dotado de autonomía intelectual y vocación personal ha querido localizar obras de auténtico valor, lo habitual es que tenga que acudir a las librerías de lance, a las bibliotecas y, en la actualidad, a internet.

Decenas, cientos de autores de referencia, cuya solvencia está fuera de toda duda, no encuentran acomodo en las librerías del siglo XXI. Sin embargo, miles de alfeñiques literarios acaparan toda la atención de unos lectores que, eso sí, se verán a sí mismos como detentores de una alta capacidad crítica, pues… ¡están al día! La actualidad

lo devora todo en el altar del instante; no hay tiempo para emplear lo que se lee en madurar un pensamiento propio, en entablar una relación dialéctica con lo leído: hay que leer mucho y rápido, opinar a bote pronto y pasar a toda velocidad al próximo título, ¡la farsa debe continuar!

En este contexto, yo, personalmente, hace muchos años que no piso una librería "física" para adquirir un libro de mi interés: no lo encontraría. No me duele que estén cerrando de manera masiva, engullidas por las grandes superficies comerciales: es el justo castigo por haber cedido a la lógica devoradora de la novedad permanente. Cuando quiero hacerme con un volumen valioso para mí, lo adquiero a través de la red a algún librero virtual o en rastrillos electrónicos; si prefiero dejarme sorprender, voy a un mercadillo y me embriago con ejemplares de otras épocas, seguramente igual de pésimas que esta, pero también más lejanas, y por ello inocuas. Claro que, en mi caso, nada de esto tiene demasiado mérito: no soy crítico profesional ni participo en tertulias literarias; si expreso mi opinión (por escrito o de viva voz) es siempre sobre alguna obra que me atañe personalmente, con la que he mantenido y quiero seguir manteniendo una relación entrañable, cuerpo a cuerpo, íntima y sustancial. ¿Que con mi actitud el mercado editorial se hundiría y la cultura –en su acepción más casquivana: en cuanto conjunto de artículos de consumo masivo– no podrá perdurar? Les diré lo que Clark Gable a Vivian Leight al final de *Lo que el viento se llevó*: "me importa un bledo". Puede que así se abra una nueva oportunidad para la literatura, el pensamiento y el arte, despojados ya de su actual valor de cambio, reconducidos por fin a su auténtica dimensión intelectual y espiritual, de la que nunca deberían haber abjurado. Ya veremos.

ESTADO DE ZOZOBRA

Si para algo ha servico la pandemia que ha padecido el planeta es para conocer la auténtica dimensión de nuestra impotencia (siquiera transitoria, y hasta el próximo combate). Nos creíamos tan modernos y tecnológicos, tan avanzados y progresivos, que al menos en el llamado «primer mundo» parecía que jamás íbamos a volver a lidiar con epidemias letales, y mucho menos con la mera perspectiva del caos. Una falsa conciencia de omnipotencia nos infudía una confianza prácticamente ilimitada en nuestra capacidad para domeñar las amenazas a las que, antaño, debía hacer frente la humanidad: la ciencia describía las leyes naturales, los ingenieros diseñaban artefactos para sacarles el máximo partido y los consumidores nos contentábamos con acumular nuevos dispositivos para incrementar nuestro bienestar material.

Sí, está bien, ciertas voces empezaban a alertarnos de que el mito del progreso como sinónimo de crecimiento exponencial de la producción y el consumo estaba pasando factura, en primer lugar al medio ambiente (contaminación de acúiferos, desaparición de entornos naturales, extinción de especies), pero a renglón seguido a nuestro hábitat y, por consiguiente, a las expectativas de nuestra propia superviviencia; sin embargo, la preocupación al respecto se veía rápidamente subsumida en la corriente de mensajes cuya propia difusión y reiteración acaba anulando su efecto sobre la opinión pública, y aún más sobre los comportamientos personales y colectivos.

Hasta que llegó el virus: un bichejo invisible -que ni siquiera posee entidad de ser vivo- puso a medio globo en-

tre las cuerdas, amenazando con arrasar con la realidad tal y como la conocemos. De repente, los científicos confiesan su perplejidad; los supuestos expertos caen en continuas contradicciones; los gestores políticos yerran estrepitosamente, las autoridades patinan y rectifican en el plazo de horas… La ciudadanía, de la noche a la mañana, descubre que aquellas instancias en quienes había depositado todo su crédito, incluso su fe cívica, han hecho aguas: los reyes y presidentes están desnudos, no dan pie con bola, son un desastre. «¿En qué manos estamos?» nos hemos preguntado muchos al asistir, estupefactos, a la retahíla de consejos e instrucciones en un sentido y en el contrario, sin apenas tiempo para comprender los argumentos con que trataban de persuadirnos de que, lo que hasta ayer era innecesario, ahora resulta imprescindible… y viceversa.

Vuelvo al principio: para lo nos ha servido la pandemia es para hacernos despertar de ese ensueño omnipotente con el que tirios y troyanos han acariciado nuestros oídos prácticamente desde los albores: «seréis como dioses»… Si la humanidad, en cuanto especie, se destaca de las demás por su ambición desmedida en lo que concierne a la utilización y transformación de su entorno, con la Modernidad esta pulsión de dominio se vio centuplicada hasta cotas delirantes: la industrialización supuso un salto cualitativo de tal magnitud a la hora de propiciar la materialización de las más absurdas quimeras humanas, que acabamos por creernos los nuevos demiurgos… hasta el punto de bautizar una nueva era con nuestro nombre, el «androceno», ¡nada menos!

A menor escala, en dimensión pero no en importancia, el virus ha puesto a nuestros gobernantes ante el espejo de su propia pequeñez: no sólo no lo pueden todo, sino ape-

nas saben gestionar con acierto lo poco que pueden. ¿Los expertos? Unos eternos aprendices. ¿Las autoridades sanitarias mundiales? Imprevisibles en el mejor de los casos, ineptas en los demás. Visto lo visto, los ciudadanos de a pie nos hemos visto recurriendo al puro sentido común para orientarnos en la jungla de mensajes confusos emitidos por quienes se suponía que sabían lo que se hacían. La población, abandonada a su suerte, ha vuelvo a ese estado de zozobra del que se suponía que el progreso y el Estado moderno nos habían librado, y que ahora descubrimos que permanecía oculto bajo una maraña de gestos teatrales. La vida humana sigue estando, ahora como siempre, en manos del azar, para los agnósticos, y de Dios, para los creyentes. Y ningún científico, técnico, experto o político podrá nunca cambiar ese desamparo esencial que nos constituye como personas, porque forma parte de la propia naturaleza del hombre como ser vivo: frágil, vulnerable y mortal.

DEL ÉXITO Y EL FRACASO

Desde que el hombre es hombre, ha buscado la aceptación de sus congéneres. Los que de esto saben nos han calificado de animales sociales (que no sociables), y ni siquiera seríamos capaces de articular palabra de no ser por quienes, nacidos antes que nosotros, nos adiestran en su uso. Vivir es convivir. Por muy delirantes que sean nuestros sueños de autosuficiencia, sólo algunos individuos (no sé si malditos o privilegiados) serían capaces de salir adelante sin la cooperación, más o menos constante, de otros individuos. "Nadie es una isla", advirtió John Donne, y hasta Robinsón Crusoe descubrió que en la suya no era el único. "El que no puede vivir en comunidad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios", había declarado Aristóteles en su Política, entendiendo por ciudad la unidad mínima de convivencia. ¡Qué triste existencia la de quien, dotado de humanidad, prefiere sacrificarla en el altar del solipsismo! También hay que reconocer que es mejor vivir más o menos solo que mal acompañado… pero ello no te evitará depender materialmente de terceros, aunque sean los proveedores y empleados del supermercado.

Claro que una cosa es nacer rodeado de semejantes y necesitarles para proveernos de lo mínimo imprescindible para poder corresponderles en la medida de nuestras capacidades (pues de bien nacidos es ser agradecidos), y otra muy diferente, y peor sin duda alguna, depender de su aplauso para sobrevivir. Quien más, quien menos, requiere de cierto grado de aceptación social, al menos de un entorno seleccionado por él mismo; en este ámbito, por ejem-

plo, a no pocos la red de redes les ha permitido integrarse en comunidades virtuales donde saciar ese mínimo reconocimiento al que no se debe renunciar, so pena de poner en riesgo la propia dignidad. Ahora bien, cuando las exigencias de estima social (en otras épocas, tildada de "gloria", en las actuales, de "popularidad" y en todas, de "fama") sobrepasan ciertos límites, abandonamos el ámbito de lo natural e ingresamos en el de lo patológico. Hay quien no ha superado la indiferencia de sus contemporáneos, optando por quitarse al ver rechazada su novela por parte de un editor tras otro. Hoy en día, no son pocos los que están dispuesto a –literalmente– cualquier cosa, ya no por la inmortalidad de su nombre, sino por un puñado de *likes*.

Ahora bien, ¿en qué consiste triunfar? La pregunta es importante. No en vano, hay celebridades que murieron de éxito, enterradas en vida por exceso de cariño, y personas perfectamente humildes y anónimas que gozan de una existencia exultante, plena, a la que al parecer nada le falta ni le sobra. Es decir, que ser conocido y reconocido no nos garantiza la felicidad; ni siquiera nos libra de la depresión, la ansiedad y otras dolencias a la orden del día. Hay algo más, un ingrediente secreto, del cual parece depender esa "realización" (concepto muy usado hace unas décadas, aunque ahora mismo en desuso) que justifique nuestra estancia en la tierra. Todos los seres auténticamente humanos aspiramos a cierta meta –con frecuencia, no sabemos cuál hasta que la alcanzamos–, y depositamos en ello nuestras esperanzas mundanas: para unos, bastará con una nómina vitalicia y un piso en propiedad; otros, además, sueñan con vivir de lo que les gusta, aunque sólo les guste a ellos; menos –aunque más peligrosos– aspiran a pasar a la historia, para lo cual no reparan en sacrificios… propios o,

con frecuencia, ajenos. "¡O César, o nada!", clamó César Borgia en su momento, y en pleno siglo XXI algunos no le andan a la zaga.

Ahora bien, conviene manejarse con extremo cuidado a la hora de determinar nuestras prioridades. Gregarios por naturaleza, tendemos a dar por buenos –de manera un tanto acrítica, para qué engañarnos- los espejismos de moda; así, según ciertos estudios demoscópicos, los niños del siglo XXI quieren ser futbolistas y las niñas, *influencers* (en realidad, sólo aspiran a que les miren y eso les haga millonarios). Pero las zanahorias más codiciadas no tienen por qué ser las más sabrosas, ni siquiera las que saciarán nuestra hambre de significado existencial; de hecho, no es muy arriesgado afirmar que hay tantas como individuos. Todos tenemos en mente la profunda satisfacción que irradia un artesano que domina las técnicas que le dan de comer; o ese aplomo, sin sombra de vanidad, que desprende una fotógrafa de bodas, bautizos y comuniones al entregar las copias en papel de sus reportajes sociales. Parecen astros refulgentes. Irradian armonía, luz, bondad cósmica. Uno diría que han cumplido con su deber. Si muriesen mañana, lo harían apaciguados, sin deudas pendientes consigo mismos. Habrían protagonizado una vida lograda.

Tal vez a los ojos de un transeúnte despistado los destinos modestos puedan parecer insignificantes: ¿quién va a envidiar a un panadero, a una enfermera, a una agente de policía local, a un maestro de escuela, que han hecho de su vocación personal su modo de vida? Para un mundo apabullado por la gesticulación y el exceso, donde sólo prestamos atención al más ridículo y extravagante, son seres anodinos, masa amorfa, carne de cañón. Para mí, constituyen la imagen viva del éxito. Incluso cuando no captan

la atención que sin duda merecen (sigo en redes sociales a cantantes sin apenas eco que, en la soledad de su habitación, rozan el cielo con sus voces), encarnan lo que yo entiendo por triunfo, que no es hacer lo que sea para que te quieran, sino lo que tienes que hacer para querer seguir viviendo. Y cuando la fórmula se invierte, y hacemos lo que sea para que nos presten atención, yo hablaría, sin titubear, de una existencia fracasada (aunque esté rodeada de flashes y nade en la abundancia).

BONHOMÍA

De manera inveterada, los humanistas solemos complacernos en la evocación de grandes conceptos (para ciertos oídos, vacuos y altisonantes, pero plenos y fecundos, para los nuestros) que deberían guiar la existencia de cualquier ser humano. Son esas palabras redondas, refulgentes, sempiternas –honestidad, decencia, respeto, confianza, generosidad, recato… ¡dignidad!– las que tachonan el cielo del hombre que aspira, ya no a la excelencia (la cual parece implicar salirse de lo que eres para acceder a algo que no te concierne del todo), sino a un estado de coincidencia absoluta entre lo que se quiere y lo que se tiene, el yo y los otros, el pasado y el futuro… una paz, una permanencia, un estar en el ser, sin fuerza ni esfuerzo: una conciliación final.

Admito que, a lo largo de mis cincuenta y seis años de vida, he conocido pocas personas que irradiaran ese aura extraña, un tanto sideral, tal vez por mi propia torpeza: ¡es tan fácil dejarse distraer y confundir por las omnipresentes nimiedades y los óbices presenciales! Sí las he encontrado, en cambio, en el arte, y a espuertas: en retratos pictóricos, escultóricos y fotográficos, en protagonistas de novelas y epopeyas, en efigies cinematográficas… Como si lo mejor de lo humano, lo más sublime y al mismo tiempo lo suyo más propio, tuviera que residir a cierta distancia de la vida cotidiana, tan hecha al áspero roce y la brega sin cuartel. Pero nunca, jamás, he desistido de hallarlo en el día a día, encarnado en un ser de carne y hueso, respirante y transpirante, pues si una evidencia tan patente se me im-

pone desde dentro, tarde o temprano tendrá que posarse, como un ave, en la rama de un afuera.

Ese ideal (no sé si “regulador”, como lo llamaría Kant con una sonrisilla un tanto escéptica) que se resiste a concretarse en forma empírica sí que, en cambio, encuentra fácil acomodo en las palabras: tan magnánimas son, que siempre acuden a nuestro auxilio. Por eso, imagino, sigo leyendo, escribiendo y conversando: porque es así como parece que me acerco a la que anhelo (lo cual no sé si me lo acerca o lo mantiene a lo lejos). En cualquier caso, humanista soy y nada de lo humano me deja indiferente; menos aún, ese horizonte existencial al cual todos, de un modo u otro, estamos llamados, y en el cual todos, sin excepción, debemos consumar la que quiera que sea nuestra esencia inmortal. Sí, las palabras –tan famélicas muchas veces que se nos deshacen en la boca como hongos podridos– son nuestra última esperanza, nuestro consuelo postrero: cuando los hechos se jactan de consumados, siempre comparece un adjetivo, un adverbio, una humilde interjección para contraponerle algún pero, un hálito de futuro, una última posibilidad de escape. ¡Santas palabras! Si en el principio fue el Verbo, ¿cómo no van a acompañarnos hasta el final, sea este la oscuridad de la fosa o el resplandeciente Cielo?

Pues bien, de todas las palabras que llamo a socorrerme, ninguna como bonhomía suscita en mí unas resonancias tan claras y reconfortantes. Para empezar, ¡qué sencillo se me antoja comprender lo que significa, sin ambigüedad ninguna, sin suelos deslizantes! Y, sin embargo, ¡qué impreciso, si me detengo a concretar su contenido! Más que un concepto connotativo, parece un campo magnético de innumerables denotaciones, todas risueñas. Re-

pasando las notas que tomé al respecto (y releo en mi cuaderno) "en Sevilla, el Domingo de Resurrección, a las 21 horas", por lo pronto se me ocurren estas, pero sin duda hay muchas más… infinitas más:

-una suave ironía respecto a la propia importancia, la cual nunca desembocará en la falsa humildad o la estéril autoconmiseración;

-una conllevanza en absoluto indulgente con los propios límites, incluidos vicios y defectos, en el bien entendido de que, por mucho que aspiremos a la perfección, siempre seremos criaturas volubles y un tanto deformes;

-de resultas, una infinita comprensión a respecto a los vicios y defectos de los demás, pues ¿cómo podríamos exigirles a ellos los que sabemos que somos incapaces de darnos a nosotros mismos?

-una sincera y perseverante voluntad por admitir y comprender, lo cual no tiene por qué implicar rendirse ante la barbarie ni justificar lo injustificable;

-un ejercicio moderado de la admonición por vía del ejemplo: enfundarse las virtudes a las que aspiramos, aunque sea como una segunda piel que no sabemos a ciencia cierta si acabará adhiriéndose a la nuestra;

-una sana curiosidad por todo lo humano, especialmente por sus fuentes, afluentes y meandros (la corriente principal salta a la vista, tan caudalosa es);

-un espíritu conciliador (que no "sincrético") de los falsos contrastes, los antagonismos sobrevenidos y las dialécticas artificiales, sin olvidar que no todo debe subsumirse en un total, fuego de los infiernos;

-un rechazo decidido de los maximalismos políticos e ideológicos, así como de aquellos que, travestidos de religiosos, apenas logran ocultar sus intereses espurios.

Y, por encima de todas ellas, acogiéndolas en su seno, ese *amor* que, con distintos nombres, ha nutrido, nutre y nutrirá nuestra mejor estancia aquí en la tierra, entendido como desprendimiento, entrega y sacrificio a algo más puro, elevado y profundo que el propio interés egoísta. Cuál sea la naturaleza de ese amor, y cómo distinguirlo de otras pasiones de innoble estirpe, ya lo dejamos para otra ocasión.

Desde que Zygmunt Bauman lo forjara en su momento, el adjetivo "líquido" ha venido acompañando la descripción de la actualidad por parte de sociólogos, politólogos y opinadores de todo pelaje, convirtiéndose en un comodín recurrente para comprender la deriva en la que se encuentra inmersa Occidente en las últimas décadas. Así, frente a la rigidez de las categorías empleadas por sus predecesores (recordemos la de "jaula de hierro" de Max Weber para dar cuenta de la progresiva burocratización de las sociedades avanzadas, o la de "pensamiento operacional" con que Herbert Marcuse trataba de sintetizar el imperialismo de la razón calculadora aplicada de manera generalizada), los teóricos contemporáneos se inclinarían a subsumirlas en una corriente progresivamente acelerada de disolución de las estructuras y las relaciones sociales, la cual incluiría todos los aspectos de la existencia: laborales, empresariales, personales, incluso sentimentales.

La divisa, ya, parece ser la de que "todo lo sólido se desvanece en el aire", una idea del Manifiesto comunista que Marshall Berman puso de de actualidad en 1982, al utilizarla como título de su libro acerca de las mutaciones de las sociedades avanzadas a finales del siglo XX. Salvo los funcionarios, pocos son los que conservan el mismo puesto de trabajo a lo largo de toda su vida (con los consiguientes estragos en el orden personal que describiera Richard Sennett en *La corrosión del carácter*); los divorcios están a la orden del día, minando una institución que, otrora, confería solidez y continuidad tanto a los individuos como a las sociedades; los vínculos de amistad se debilitan

y cuesta conservarlos en un mundo que parece conminarnos a cambiar, tanto si es preciso como si no. La espiral de la moda parece haber impregnado el tuétano mismo de nuestra existencia, induciéndonos a aburrirnos de todo, en busca de una plenitud siempre huidiza y, por ende, fugaz.

¡Carpe diem!, vuelve a ser la consigna; *Vive rápido, muere joven y deja un cadáver bonito*, la nueva divisa; *¡Usaos los unos a los otros!*, el nuevo dogma. Las personas, lejos ya de constituir –como pedía Kant– un fin en sí mismas, se ven relegadas a un papel instrumental: para el lucro o para el placer o la diversión. La deshumanización del hombre, en este contexto, parece inevitable.

No sin razón han atribuido ciertos teóricos esta loca cabalgada hacia la nada a la imposición de la lógica de los negocios al orbe entero de lo social. Mutando de acuerdo con una lógica metastática, el capitalismo habría entrado en un modo *turbo* que arrasaría con todo aquello que le suponga una traba para imponerse a gran escala. Tengo mis dudas al respecto. Como no soy materialista, tiendo a ver los procesos sociales desde una perspectiva doble: por un lado, percibo –como no puede ser de otra manera– los efectos prácticos de las ideas, pero por otro no dejo de atender a las lógicas abstractas que funcionan detrás de las aparentes. ¿Por qué sería el modelo económico el factor desencadenante de esta deriva, y no al revés: esta la que, a partir de cierto momento, entraría en ebullición y hallaría su traducción en el plano económico? Seguramente, se trata de dos caras de la misma moneda: únicamente por una razón personal nos decantaremos por una de ellas.

De lo que no cabe duda es de que este proceso ya ha alcanzado al ámbito de la política. Si en términos ideales, o formales, las democracias modernas, liberales (las popu-

lares no mecerecen el nombre de tales), se atienen a unos protocolos rígidamente establecidos en aras a preservar la aplicación de unas normas estables y transparentes, guiadas por la que el propio Max Weber llamó la ética de la responsabilidad, lo cierto es que cada día que pasa asistimos, con creciente estupor, al espectáculo de gobernantes entregados a la labilidad de los argumentos, la rápida reversibilidad de sus criterios y, en suma, a la imprevisibilidad de sus conductas, bajo la égida de un execrable oportunismo inmoral. Frente a la política aburrida, tediosa y tecnocrática, que era moneda común hasta no hace demasiado tiempo, descuellan "líderes" atrabiliarios, cuando no pintorescos, que se jactan de nadar contracorriente de las expectativas que ellas mismos han creado, y se descuelgan con acrobacias inesperadas que dejan en evidencia a sus propios asesores (por no hablar de a quienes confiaron en ellos al depositar su voto en las urnas). Hablar, en esta tesitura, de "traición" carece de todo sentido, pues dicho valor pertenece a un mundo sólido, clásico, "antiguo", mientras que los nuevos *condottieri* de la política se ahormarían a un tiempo que exige una flexibilidad máxima, o incluso contorsionismo. Decir digo donde, hace unas semanas, dijeron diego ya se percibe como todo un alarde de adaptabilidad; cambiar al albur de los vientos (o mejor: de los propios intereses inmediatos), un ejemplo de agilidad y de capacidad de diálogo. Para estos epígonos de Maquiavelo, el supremo valor sería exclusivamente su ganancia personal: acceder a un cargo, o mantenerse en él el mayor tiempo posible, se revelaría como un fin en sí mismo, para el cual cualquier medio sería lícito.

Aunque inmorales, los políticos líquidos, sin embargo, no son idiotas, y saben que, por inercia o por pereza, todavía el grueso de la población (o mejor, de la población que les quita el sueño: la que puede votar, el electorado) se mantiene fiel a ciertos valores como la lealtad, la confiabilidad y la previsibilidad. El turbocapitalismo, ay, funciona entre muchos sectores a medio gas. Por ello, estos *killers* de la política, cuya conducta en poco se diferencia de la de cualquier broker de Wall Street, se ven obligados a apelar a retóricas ampulosas, irónicamente sobrecargadas de valores anacrónicos, como nación, patria, pueblo o progreso (cada aprendiz de tiranuelo tiene su propio anzuelo), jugando así a dos cartas para no perder ni una sola papeleta: por un lado, se comportan como las mariposas, que viven un solo día y cuya memoria de pez les libera de toda mala conciencia por no cumplir con lo prometido, pero por otro se jactan de una coherencia elefantina, cargada de alusiones históricas y continuidades nominales que, por lo demás, a duras penas resisten la prueba de las hemerotecas. Sofistas consumados, aspiran a confundir a sus correligionarios con palabrería de saldo, esperando transformarlos, a ellos también, en seres inmorales guiados por un único principio rector, por lo común tan vacío como campanudo.

Ante tal desaguisado, la tentación del espectador ecuánime y no especialmente sensible a la jerigonza ideológica es la de cruzarse los brazos y dejar que se hundan ellos. Pero todos navegamos en el mismo barco: los enardecidos, los fríos y los tibios; los morales, los inmorales y los amorales; los clásicos, los modernos y los pos-, hiper- o tardomodernos. Un humanista, como me gustaría creer que soy, no puede abstenerse de pronunciarse ante un panorama que no hace presagiar nada bueno, puesto que con

el socavamiento de la confianza entre gobernantes y gobernados se abren las puertas a la barbarie. Por eso me permito escribir estas líneas, que no dicen nada que no esté siendo dicho ya, pero que trata de contribuir a impedir la expansión de esta democracia líquida que, de mantenerse en sus trece, amenaza a arrastrarnos a todos por el desagüe.

REFUTACIÓN DEL ACTIVISMO

En nuestra sociedad, desquiciada desde hace tiempo por la gestualidad y el energumenismo, el activista goza de un extraño prestigio. Se le presupone una honestidad, unos ideales y una entrega a su causa que parece eximirle de cualquier sombra de sospecha. Un activista, además, por definición está del lado de «los buenos», o sea, de «los nuestros»: así, en cuanto pronunciamos la palabra activismo imaginamos que, por necesidad, sólo existe activismo de izquierdas, mientras que el de derechas sería poco más que una variedad de terrorismo: de ahí que el activismo proabortista se vea ornado de todo tipo de aureolas santas y el antiabortista, de un infame rosario de diabólicas sombras. Además, el activista se llena la boca de la palabra «derecho»… ¿y cómo va a ser malo alguien que está a favor de ampliar hasta el infinito nuestros derechos, aunque sea al precio de extender un manto de silencio sobre nuestros deberes, compromisos y obligaciones hacia los demás?

Sin embargo, es preciso poner pie en pared y meditar un poco sobre ello.

Partamos de la base de que, desde el momento en que el activista ha decidido «pasar a la acción», debe dejar de pensar. Un activista es alguien que se limita a actuar: aparta las dudas, la ambigüedad y la incertidumbre –consustanciales al pensamiento verdadero– y se atiene a una lista de conceptos sobre cuya validez ya no puede poner en barrena. Actuar siempre supone, de por sí, cierto tipo de miopía parcial, pero actuar bajo la égida de un ideal ya nos arroja en los brazos de la ceguera. No, el activista ya no reflexiona, ni analiza, ni (se) cuestiona sus valores, sus prin-

cipios o sus creencias: tal vez si actúa sea, justamente, porque quiere dejar de pensar. Ha dado el paso de convertir sus opiniones en dogmas.

De ahí que todo activista se signifique por su impetuosidad verbal, la vehemencia de sus proclamas y el alarde de consignas ampulosas que a duras penas logran disimular la penuria de sus fundamentos. En cuanto comparece el activista, hacen mutis por el foro el filósofo, el pensador, incluso el mero ente pensante. Un activista tiene siempre algo de fanático «de lo suyo»: cuando emite un juicio, lo hace con el guión perfectamente aprendido, en el cual se repiten ciertas muletillas perfectamente predigeridas para ofrecer el aspecto de un discurso articulado.

Porque esa es otra: el activista no se conforma con dejar de pensar, sino que quiere hacerlo dando la impresión de que ya lo ha pensado todo. Un activista parece tener respuesta para cualquier perplejidad con la que se tope: no hay nada que escape a su mirada omnicomprensiva (la cual, si parece abarcar el orbe entero, es al precio de haberlo reducido primero, cual Procusto, al tamaño de su cerebro). De ahí la sobreabundancia de 'estudios', 'informes' y 'documentos' con los que se suelen pertrechar todos los activismos ante de saltar al ruedo. Se diría que, durante años, no han hecho otra cosa que analizar, y que ya se han agotado de hacerlo.

Pero el gran fraude del activismo es que la realidad siempre es infinitamente más compleja que el peor de sus sueños, y sus fuerzas desmesuradamente más débiles de lo que quisiera imaginar. Esa secreta conciencia que tiene el activista de la desproporción entre la visión que tiene del mundo y la percepción de su propia capacidad de transformarlo es lo que explica que, en no pocas ocasiones, el

activista acabe dando el último paso, abrace la violencia como vía ‘legítima’ para la consecución de sus fines (los cuales, huelga decir, nunca pueden ser revisados, so pena de devolver al activista a su primaria condición de… pasivista) y se transforme en terrorista. De hecho, ya se han dado numerosos casos, en la historia del activismo reciente, de dicha transición: en la Europa de los años 60 y 70, muchos grupúsculos de ultraizquierda y algunos de ultraderecha acabaron poniendo bombas en estaciones de tren, mientras que otros activismos menos intrépidos se conforman con acosar al prójimo, destrozar el mobiliario urbano o perturbar la pacífica convivencia urbana con sus interminables marchas reivindicativas.

Nadie en su sano juicio negará que muchas causas que han movilizado a amplias capas de la población han reportado beneficios para la comunidad entera: las luchas contra la discriminación por cualquier motivo (racial, sexual, religioso u otros) son todo un ejemplo de ello, y hay que loarlo. De lo que aquí se ha tratado es de desenmascarar la radical indigencia racional que implica pasar de manifestarse púbicamente en contra de un abuso, a asumir el papel de redentor del mundo... un paso que, por desgracia, siguen dando muchas personas, a despecho de las pésimas consecuencias que suele acarrear para los demás, incluso para ellas mismas.

LIBERTAD E IGUALDAD:
LA IMPOSIBLE SIMBIOSIS

«Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros», reza el primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Suena estupendo: recuerda a la revolucionaria proclama en defensa de «la libertad, la igualdad y la fraternidad» de 1789. Enseguida, sin embargo, caemos en la cuenta de que falta gravemente a la verdad: según en qué país nazcas, gozas de una mayor o menor libertad, de unos u otros derechos, o incluso aquellos que se te reconocen raramente se traducen en realidad concretas y materiales.

Esta es sólo una de las muchas perplejidades que nos asaltan en cuanto tratamos de profundizar algo más, y descender del magnífico cielo de las buenas palabras a la tierra de la cruda realidad.

Y es que, ¿qué significan estos conceptos, y por qué resulta tan difícil llevarlos a la práctica, si todo el mundo está de acuerdo en que sería deseable que rigiesen nuestra convivencia en sociedad?

Tal vez el origen del problema resida, precisamente, en que libertad e igualdad son dos polos que no sólo no se atraen, sino que se repelen el uno al otro.

Empecemos por la libertad. ¿En qué consiste ser libre? En principio, en gozar de un amplio margen de decisión acerca de las materias que nos afectan, de manera que libertad sería, ante todo, libertad para elegir. Esta facultad, propia de cada persona, le vendría dada por el mero hecho

de ser humano, puesto que la vida del individuo consiste en resolver encrucijadas, en decantarse por una opción y desechar las demás. Como es notorio, las oportunidades para abdicar de la propia libertad, o de ver cómo los demás nos la coartan, son muy grandes, y comprometen nuestro margen de decisión a cada momento. Sea como fuere, la libertad en cierto modo nos enfrenta a nuestro entorno (en el sentido menos beligerante del término: nos pone cara a cara con él), y también nos aísla. La libertad es, en última instancia, una fuerza centrífuga, y aunque no cabe duda de que para ser libres en muchas ocasiones nos conviene reducir nuestro espacio personal para aliarnos con nuestros semejantes, lo más probable es que decidir de manera autónoma y soberana nos acabe alejando de ellos. Ser libre es morir solo, se lamentaba Nietzsche, y tal vez no le faltaba razón.

La igualdad, por el contrario, es una fuerza centrípeta: arrastra a los individuos, que por naturaleza tienden a buscar cómo prosperar cada uno por su cuenta (de acuerdo con el célebre «sálvese quien pueda», biológicamente inatacable), hacia un centro compacto en el cual todos atesorarían los mismos derechos y deberes. Esta homología es uno de los sueños de la moderna Ilustración, aunque puede rastrearse su origen más o menos remoto en el cristianismo: todos somos hijos de Dios, es decir, hermanos, y como tales debemos tratarnos, consumando así esa otra utopía de la fraternidad en cuanto mutua responsabilización de los humanos entre sí. «Amaos los unos a los otros», ordenó Jesús de Nazaret. «Sed buenos ciudadanos», nos piden los ilustrados: «obedeced las normas, respetad a vuestros vecinos y seréis felices».

Ahora bien, ¿cómo se resuelve la tensión implícita entre la fuerza centrífuga de la libertad personal y la fuerza centrípeta de la igualdad social? Pronto descubrimos que, mientras que la primera es un impulso atávico que llevamos inscrito en los genes, la segunda se nos antoja sobre todo un desiderátum ideal, casi ideológico. Ser iguales, cuando no conlleva el derecho de todo individuo a ser tratado como tal, o sea, a no ser discriminado por aspectos acerca de los cuales no ha podido «decidir» (raza, origen social, discapacidades congénitas), o sobre aquellos que, precisamente al elegirlos, le han permitido desarrollarse plenamente como persona (ideología, creencias religiosas, orientación sexual), parece invitar de manera casi inevitable a restringir, incluso de forma coactiva, la libertad personal. De este modo, la «igualdad» social entre los ciudadanos implícita en el programa político de la socialdemocracia pasaría, necesariamente, por la imposición de fuertes restricciones a la plena «libertad» económica de la que querrían gozar los agentes económicos.

Que la libertad y la igualdad, tan seductoras en el plano conceptual, chocan de continuo en el escenario material, no es fruto de una mera dialéctica incidental que tarde o temprano acabaría resolviéndose en algún tipo de acuerdo de mínimos (tal y como sería, de nuevo, el sueño de la socialdemocracia, al tratar de equilibrar las consecuencias negativas de la libertad económica con las medidas «correctoras» de la redistribución de los recursos, vía políticas públicas). No, la libertad y la igualdad se repelen como el agua y el aceite. Lo vemos todos los días, en cualquier ámbito de la vida: excepto en casos de gregarismo supino -que, en las sociedades humanas de todas las épocas, haberlo, haylo, y en grandes cantidades- en cuanto alguien

trata de ser «él mismo», se diferencia de los demás, es decir, deja de ser igual… a menudo, para su desgracia.

Esto es así porque la igualdad es -o debería ser- un mero marco instrumental, un repertorio de salvaguardas de la libertad material de cada cual; en cuanto abandona ese papel profiláctico para erigirse en proyecto de articulación absoluta de la sociedad, degenera en totalitarismo. El siglo XX, sin duda alguna, fue en este aspecto el más «igualitario» de todos: fascismos y comunismos se entregaron de manera sistemática y monstruosa a laminar la libertad personal de todos los ciudadanos (incluso de sus propios partidarios), a la que acusaban de atentar contra la homogeneidad de la sociedad perfecta que estaban decididos a imponer. Para los totalitarios de cualquier época y de cualquier signo, ser iguales es la única forma de ser libres: vivir de acuerdo con la propia conciencia -al precio que sease considera, pues, un crimen de lesa igualdad, y merece ser penado de manera implacable.

No estamos descubriendo nada, al poner en duda que libertad e igualdad puedan formar parte, al unísono, de un programa político viable. De lo que sí estoy convencido es de que la insistencia, en ciertos ámbitos de pensamiento actuales, en la igualdad como horizonte absoluto de la convivencia humana no hace presagiar nada bueno. Toda apelación a la igualdad que no pase por imponerle restricciones también a ella, en defensa de la inalienable libertad de cada cual, tarde o temprano tendrá que enfrentarse a un abismo decisional… el cual, me temo, no tendrá ningún reparo en saltar. Ya ha pasado en otras épocas de la historia, y nada nos permite excluir que pueda volver a pasar.

VIRTUDES DEL ESPACIO DOMÉSTICO

El gran legado de la humanidad no es el trabajo ejercido en el ámbito profesional (también los castores laboran), sino en el doméstico. Los grandes avances, aquellos que impulsaron un salto cualitativo en la especie, se dieron al calor de la lumbre, cocinando (de hecho, Lévi-Strauss sostiene dicha tesis en *Lo crudo y lo cocido*), organizando el «domus» en espacios racionalmente funcionales (el salón para socializar, el dormitorio para preservar la dimensión íntima, ¡el baño y su sarcástica excepcionalidad!), decorando y adecentando con mimo cada rincón de vida cotidiana, hogareña, familiar. A mis ojos, mi madre siempre fue -y sigue siendo- el demiurgo de mi infancia: ¡lo que no hiciera ella, no lo hacía nadie! Las amas de casa: ellas sí que eran mujeres poderosas.

Si es cierta mi hipótesis, la actual degradación –cuando no la condenación- de lo doméstico acarrea, en mi opinión, un retroceso evolutivo: ya hay quien no sabe cocinar, no limpia su propia casa (ya se sabe: hay que conciliar…), ni siquiera se preocupa por hacer de su entorno un foco de irradiación cálida, densa, espiritual… La erección de lo público a instancia primordial arrasa con esa microbiota personal donde el individuo y su entorno más inmediato se saben cosmos en miniatura, y en cuanto tal, dimensión básica de donde manan el sentido y la emoción.

A contrapelo de mi época, yo, en cambio, defiendo como los clásicos que mi hogar es mi castillo, mi ermita y mi fortín: adoro cocinar (esa alquimia diaria), no para las visitas, ni para emular a ningún chef influyente, sino para no perder el contacto con mi capacidad estrictamente hu-

mana de trascender lo obvio en sacramental; me encanta lavar los platos a mano, hacer las camas, ordenar: me siento fuerte y capaz al detener el avance del caos a mi alrededor. No me parece en absoluto una pérdida de tiempo dedicárselo a esa pequeña porción de espacio cósmico en la cual soy dueño y señor, y todo lo que haga en su beneficio, revertirá en el mío.

En cierto modo, quien renuncia a su capacidad de gestionar su propio hogar, está dimitiendo de la condición humana más elemental para retornar al salvajismo, donde la mera acción en un entorno ajeno impide construir ninguna clase de identidad personal. El hombre que abjura del espacio doméstico, en fin, le regala su alma al diablo, que reina en los arrabales del sentido acechando como una bestia ansiosa de anomia y de absurdo.

LA MISERIA DEL TUPUEDISMO

Uno de los fenómenos recientes que mayor irritación me causa es el que llamo «tupuedismo», el cual se extiende por doquier, como una mancha de aceite. «Querer es poder», «tu límite eres tú», «puedes llegar a donde te propongas» son algunos de los muchos lemas que infestan (e infectan) las redes sociales, quizás tomadas en préstamo de una mescolanza tóxica entre la psicología motivacional y las escuelas de negocios.

El mensaje es claro: las personas somos un espacio vacío que se puede llenar con cualquier cosa, basta con decidir qué nos apetece en cada momento. ¿Cambiar tu aspecto físico? Eso está hecho. ¿Batir un récord? Basta con decidir el día y la hora. ¿Coronar el Everest? ¿Dar la vuelta al mundo? Será por metas…

Un caso extremo es el de un tal Israel García, que se denomina a sí mismo «ultraman», un auténtico demoledor de fronteras, siempre en busca del espacio infinito, de la anomia primordial. Nietzsche estaría contento.

Esta perspectiva a mí me parece una auténtica perversión intelectual, espiritual e incluso social. Lo que subyace a este concepto voluntarista de la existencia es que nacemos en blanco y, mal que bien, permanecemos así hasta el final. Que no tenemos límites (físicos, psíquicos, de ningún tipo), es más: que los límites son malos por esencia.

Craso error. Los límites son buenos, siempre que podamos negociar con ellos, asumirlos cuando sea preciso o pegarles una patada si resulta menester. Me abstendré de poner el ejemplo del agua, que sin cauce se desparrama y se evapora miserablemente en la pradera.

Lo cierto es que detrás de esta pseudofilosofía tupuedista anida una patraña y una amenaza. La patraña, simplemente, es que es falso que no existan límites: existen, aunque sean elásticos hasta cierto punto. La amenaza reside en que, imbuyendo a la gente (de la que tanto se habla en los últimos tiempos) de unas expectativas desmesuradas sobre sus auténticas capacidades, se la arroja directamente en brazos de la frustración pues, tarde o temprano, los límites se imponen. Y así debe ser (añado yo).

En sí mismos, los límites son benignos: permiten la jerarquización de las prioridades y describen un espacio moral dentro del cual (y sólo dentro del cual) es posible hablar de humanidad. Personalmente, yo nunca he creído que exista la amoralidad: es sólo otro nombre del abuso y del egotismo más deleznable.

Una vida sin límites carece, literalmente, de sentido: se reduce a una suicida huida hacia delante en busca de algo que, en realidad, dejamos atrás. ¿El qué? No sé si una esencia o un destino personal, pero sí un microcosmos propio que no deberíamos sacrificar en aras de no sé qué promesas de plenitud ultraterrena. Si de veras aspiramos a la felicidad (una felicidad íntima, veraz y lícita) debemos asumir el dictum délfico, tan moderno hoy como ayer: conócete a ti mismo y actúa en consecuencia.

MATRIARCADO, AÑO I
APUNTES SOBRE EL ABORTO

En la antigua Roma, el pater disponía de unos días antes de decidir si aceptaba al recién nacido en el seno de la familia; de no hacerlo, el bebé era «expuesto», abandonado, entregado a quien quisiera disponer de él prácticamente para lo que desease. En la España del siglo XXI, constitucionalmente la embarazada ya tiene 12 semanas para resolver si el niño que lleva en sus entrañas va a vivir o morir. Ha nacido el matriarcado posmoderno.

*

Según la Wikipedia, «en biología, se denomina cigoto a la célula resultante de la unión del gameto masculino (espermatozoide o anterozoide) con el gameto femenino (óvulo) en la reproducción sexual de los organismos (animales, plantas, hongos y algunos eucariotas unicelulares). La fusión de los gametos va seguida de la fusión de los núcleos, con lo cual resulta que el núcleo del cigoto posee dos juegos completos de determinantes genéticos (cromosomas), cada uno de ellos procedente del núcleo de un gameto». El embrión humano no es «una parte del cuerpo de madre», como lo sería un tumor, de modo que pueda decidir sobre él soberanamente. En el peor de los casos, solo estaría legitimada para hacerlo sobre el 50%. El otro 50% es propiedad privada del padre…

*

Imaginemos que dos personas deciden libremente adquirir a medias un vehículo, y aparcarlo en el garaje de una de ellas. Un día, esta comunica a la primera que ha decidido vender el coche, o pegarle fuego, porque el garaje es suyo y se le ha antojado. Solo un cínico o un demente lo aceptaría sin rechistar, u osaría llamarlo derecho.

*

En la España del siglo XXI, una mujer soltera (¡incluso virgen!) puede acudir al Estado y exigirle que la insemine para engendrar a una nueva criatura sin concurso de varón. En unos años, en nuestro país ya no será dogma teológico hablar de la Inmaculada Concepción.

*

Hay quien considera moralmente aberrante vender al recién nacido (y lo es) pero no tendría ningún remilgo en matarlo en el vientre de su madre (y también lo es). En cualquiera de los casos, una persona goza de todos sus derechos desde el primer minuto de su vida, y respecto a ella los demás tenemos todas las obligaciones de protegerla y contribuir a su desarrollo, antes y después del parto.

*

Pronunciarse contra el aborto es un deber moral; también lo es exigir que, una vez nacida, una persona pueda ser tratada de acuerdo con su dignidad, y reciba cuidados colectivos en forma de prestaciones económicas y de servicios

asistenciales adecuados para ella y sus progenitores. Sin la segunda parte, la primera queda huérfana.

*

Que una sociedad pueda negarle el carácter humano a un niño en el vientre de su madre, mientras satura de atributos antrópicos a las mascotas, dice mucho de ella. Incluso lo dice todo.

*

Que una práctica sea legal no significa que resulte moralmente admisible. De ser así, nadie podría tildar de bárbaro el llamado derecho de pernada, la esclavitud, la pena de muerte o la explotación laboral, siempre que cuente con la pertinente cobertura normativa. De hecho, a lo largo de la historia las mayores atrocidades se han perpetrado bajo el amparo de principios formalmente impecables, pero humanamente repulsivos.

Desde Platón y Aristóteles hasta Javier García Gibert y Jesús Cotta, la propuesta humanista ha permanecido prácticamente invariable a lo largo de dos milenios y medio: el hombre, criatura singular en el cosmos, dual en su composición (cuerpo y alma, materia y espíritu), síntesis de lo alto y lo bajo, vive en un equilibrio precario, pues por un lado la gravidez de la tierra tira de él hacia abajo, y por otro la gracia del cielo le succiona hacia arriba, de manera que de su libre elección dependerá si claudica y regresa a la animalidad (*feritas*), con la cual comparte instintos y pasiones, o se yergue y endereza sus pasos hacia el Creador, al que le debe la razón y las virtudes (*divinitas*).

Sin diferencias esenciales entre ambos, paganos y cristianos (humanos todos por vocación pero, sobre todo, por elección) comparten una perspectiva de la existencia vertical, jerárquica, en la cual el individuo arrostra la responsabilidad intransferible de dirimir si repta o levita, se asemeja a las bestias o a los ángeles; una estructura ontológica cualitativa que queda subvertida con la Modernidad, donde la horizontalidad se impone y la historia se erige en juez único del hombre y de la sociedad.

Esta renuncia a las alturas no es gratuita: acarrea una equiparación inevitable entre todas las criaturas, pues no quedan instancias morales, intelectuales o espirituales a las que apelar; el humano ya es un ser entre los demás, sin más derechos que ellos y, lo que resulta más escalofriante, carente de una misión específica. Reducido a mero amasijo de hormonas y neuronas, sin otra meta aparte de garantizar la supervivencia de la especie, despojado de cualquier pro-

mesa de trascendencia, queda el hombre abandonado a sus impulsos primarios, como los ratones o las cucarachas. Las consecuencias a la vista están: vuelve la ley de la selva, el violento todos contra todos, y cunde la desesperación (en su doble faz: la de la abisal depresión y la de la diversión desaforada), mientras las mascotas ocupan sin ningún esfuerzo el lugar de nuestros semejantes: ¿por qué no, si para el antihumanismo todos los seres vivos somos... iguales?

Ante este panorama, se impone desandar el camino, volver a la encrucijada (la "Y") en que Occidente decidió elegir la senda incorrecta –la que le alejaba del cielo para aplastarlo contra el suelo– y retomar los principios del humanismo clásico: ese que, aliando cultura clásica y cristianismo, puso al hombre ante el espejo de su propia dignidad. Para ello, reunir en una antología algunos pasajes excelentes de la tradición humanista (como hace el libro *Antropocentrismo. Razones humanistas frente al animalismo del siglo XXI*, publicado recientemente por Cypress Cultura) quiere y puede servir para refrescar una memoria emborronada por la vana erudición y la divulgación mal entendida: en una época en que a los clásicos se les malversa para usos meramente lúdicos o decorativos, enfatizar su valor como estandartes morales, intelectuales y espirituales no es poca cosa.

Todo comienza con Platón y Aristóteles, prosigue con Cicerón y Séneca y perdura con la Patrística cristiana (Lactancio, Nemesio de Émesa, San Agustín), forjadores todos ellos de los grandes conceptos del humanismo clásico (el de alma, el de virtud, el de sumo bien, el de libro albedrío) y cartógrafos de las rutas que pueden orientar al individuo –instancia fundamental de la cultura occidental– en las procelosas aguas de la existencia.

Los humanistas del Renacimiento reavivan la conciencia de continuidad de dicha tradición y, gracias a sus aptitudes retóricas y oratorias (muy evidentes en los casos de un Pico della Mirandola, de un Juan Luis Vives o de un Ambroise Paré), reincorporan sus grandes referentes también a la vida cívica y política. Con el paréntesis entre prudente y escéptico del barroco (aquí, Baltasar Gracián brinda un oportuno contrapunto al optimismo desbordante de sus inmediatos antecesores), Kant y sus herederos románticos, representados en la antología por Schiller y Fichte, toman el testigo del humanismo despojándolo de su terminología clásica aunque preservando su espíritu esencial. Con todo y con eso, aún es posible constatar la pervivencia en plena Modernidad de adalides de la versión ortodoxa del humanismo, como en el caso de Juan Pablo Forner.

La generalización, durante los siglos XIX y XX, del paradigma científico en las ciencias humanas tuvo un impacto desastroso para el humanismo clásico, más preocupado por la prescripción que por la descripción (y aquí las aportaciones de la antropología filosófica resultan sumamente ilustrativas); la reflexión queda entonces confinada en los márgenes de un ensayismo siempre amenazado de incurrir en graves inconsistencias, cuando no en la inanidad narcisista. En cualquier caso, nombres como los de Ortega y Gasset, Arendt, Jaspers, Camus o Steiner mantuvieron viva la llama de un humanismo de resistencia, el único posible en tiempos de penuria.

El siglo XXI, con la irrupción de dos fuerzas antagónicas aunque concurrentes en su vocación antihumanista (me refiero al animalismo y al transhumanismo), activa una auténtica emergencia civilizatoria que pasa por la restauración de la continuidad perdida con la gran tradición

cultural de Occidente, de la cual en este libro se recuerdan algunos de sus grandes hitos. Las palabras de algunos de nuestros contemporáneos aquí reproducidas (Ayllón, García Gibert, Cotta) resuenan poderosamente como aldabonazos en los adormecidos oídos del presente, desvelando la vigencia inmarcesible de un legado cuyo valor nunca dejaremos de ponderar como merece. Y es que sólo rememorando aquello que fuimos porque lo sabíamos podremos recobrar la conciencia de lo que siempre seremos, aunque lo estemos olvidando.

EN DEFENSA DE LA (SABIA) FELICIDAD

La cultura contemporánea libra una batalla permanente contra la felicidad. El mercado editorial así lo atestigua, difundiendo cada cierto tiempo una nueva proclama al respecto: si en 2008 la editorial Taurus publicaba *Contra la felicidad. En defensa de la melancolía*, de Eric G. Wilson, hace unos semanas se ha editado un libro titulado *Happycracia: Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas* (¡nada menos), de Edgar Cabanas y Eva Illouz. Pero la cosa viene de lejos. Autores celebérrimos han cargado contra la mera idea de la dicha. Gustave Flaubert, ese sempiterno amargado ante la frustración de sus propias quimeras, afirmaba: «Ser estúpido, egoísta y gozar de buena salud son los tres requisitos para ser feliz, aunque si falla la estupidez, todo está perdido». ¡Y no hablemos de Cioran, de Beckett, de Ionesco! La felicidad se ha venido a considerar, por parte de ciertos cráneos supuestamente privilegiados, como un ansia plebeya, un síntoma de escasa ambición personal, de necedad o incluso de supremo egoísmo pues, ¿quién puede ser feliz ante la mera perspectiva del dolor ajeno? Ello por no hablar de la voz de nuestra propia conciencia, que nos recuerda a cada rato que somos mortales y, por ende, nuestros logros efímeros e ilusorios… Por el contrario, manifestar tendencias melancólicas, abismarse en cavilaciones sombrías o jactarse de la propia capacidad para la tristeza constituye un pendón de victoria: los taciturnos sí conocerían la esencia auténtica de la vida, esa que los alegres y los entusiastas se empeñan en sofocar tras una mueca risueña. Por desgracia, «el hombre que sólo piensa en su sufrimiento, no se detie-

ne a pensar en su felicidad. Si pensara también en su felicidad, vería que todas las etapas de su vida tuvieron momentos felices», como nos advirtió Fiodor Dostoyevski.

Sin embargo, no siempre ha sido así. En la cultura clásica (y entiendo por ello la que, arrancando en Grecia y Roma, llega hasta los albores del Romanticismo) se postulaba la felicidad como el más alto ideal al que podía aspirar el sabio, en cuanto paradigma eminente del ser humano. Aristóteles fundamentó toda su ética eudemonológica en este principio. San Agustín dejó escrito: «nadie es sabio si no es feliz». Spinoza y Hume la consideraban la meta natural de la humanidad. Kant, poco sospechoso de despachar fáciles concesiones a la opinión mayoritaria, sentenció: «La felicidad; más que un deseo, alegría o elección, es un deber», y ya sabemos a qué aludía el filósofo de Königsberg cuando elegía ese palabra, y no otra. Bertrand Russell o Julián Marías, ya en el siglo XX, escribieron luminosos estudios acerca de esta noción esencial para la vida humana.

Desde luego, nada tiene que ver esa felicidad clásica con lo que entiende el hombre moderno por dicha palabra, y esa me parece la clave. Mientras que la primera consiste en un estado objetivo subsiguiente a la observancia de ciertas pautas de pensamiento y de conducta (resumidas en el concepto de virtud), para el segundo se reduce a un conjunto de emociones estrictamente subjetivas, normalmente asociadas a la euforia, a la desmesura e incluso al éxtasis. Como es natural, ni el más acérrimo heredero de Baudelaire puede aspirar a vivir en un estado de permanente embriaguez; en el mejor de los casos, y aplicándose un severo régimen de adelgazamiento aspiracional, alcanzará cierta suerte de beatitud consistente en: a) la ausencia de dolor,

b) la reducción de los deseos desmedidos y, en última instancia, c) la conformidad con las propias circunstancias. No en vano el gran maestro del estoicismo, nuestro cordobés universal, Séneca, afirmó: «El sabio se contenta con su suerte, sea cual sea, sin desear lo que no tiene». De esta contención de las expectativas, y de su adecuación a las reales posibilidades de materializarlas, depende en gran medida ese sano contento, tan alejado de una idea chabacana de la felicidad como satisfacción permanente y ansiosa de nuestros caprichos, y fuente de intensas descargas hormonales. (Personalmente, como John Stuart Mill, yo también «he aprendido a buscar mi felicidad limitando mis deseos en vez de satisfacerlos»).

Por supuesto, la defensa de la felicidad como noble aspiración humana nada tiene que ver con esa versión edulcorada y serializada con que tratan de narcotizarnos los mal llamados libros de autoayuda, pues si algo la caracteriza es el adoptar diversas configuraciones en función de cada individuo. No existe una receta para ser feliz porque sólo hay un modo de ser uno mismo, si puede decirse utilizando una retórica algo banal. En cualquier caso, parece claro que nada tiene que ver la dicha personal con la mera satisfacción de las meras necesidades materiales o con el fortalecimiento de un estado del bienestar que nos colmase de servicios de calidad: de hecho, los países más desarrollados son aquellos en los que se registra una mayor prevalencia de depresiones invalidantes y suicidios, y es bien conocida la aptitud de los pueblos depauperados para sentirse dichosos por el mero hecho de estar vivos. Seguramente, el choque entre la convicción de que un nivel de vida elevado nos franquea el acceso a la plenitud y la cons-

tatación de que ésta no puede reducirse a la mera gratificación material tengan gran parte de culpa en ello.

Ahora bien, que haya que mantener una sana distancia respecto a los vendedores de sucedáneos no implica que debamos impugnar la bella idea que tratan de degradar, so pena de tirar al niño con el agua de la bañera. Todo lo contrario: es ahora cuando más urgente resulta salir en defensa de un concepto tan manoseado, que corre el riesgo de volverse irreconocible. Seguramente, la actitud más inteligente será la de aplicar la prudencia a nuestras aspiraciones, moderación a nuestros apetitos y medida constante a nuestros deseos (todas aquellas virtudes estrictamente clásicas y, por tanto, bastante alejadas del común sentir contemporáneo). Así las cosas, el camino más sabio y seguro pasa por el conocimiento de los propios límites, pues sólo en la medida en que seamos capaces de saber de qué somos realmente capaces podremos aceptar sin rencores las eventuales derrotas, las inevitables pérdidas y los sempiternos chascos con que la realidad nos obsequia a cada momento. Y espero que estas palabras no sean interpretadas como lo que no son: como un nuevo intento de plantear fórmulas infalibles para ser dichoso… Por el contrario, constituyen una invitación a adentrarse en la tarea de depurar los conceptos para, así, poder empezar a avizorar ciertas soluciones a la angustia vital que parece impegnar a las sociedades opulentas. Y es que, como alertaba Schopenhauer, «el medio más seguro para no llegar a ser muy infeliz es no pretender ser muy feliz».

RESCATAR LAS GRANDES PALABRAS

En una sociedad como la nuestra, donde la comunicación masiva e instantánea requiere de un uso urgente y poco escrupuloso del lenguaje, las mayores damnificadas son las grandes palabras. Conceptos mayúsculos y hermosos, preñados de sentido y de historia; vocablos venerables, que siempre se pronunciaron con recato y moderación, ahora corren de boca en boca (y de tuit en tuit) de un modo desconsiderado. Palabras como «belleza», «verdad», «patria» o «Dios», por mencionar sólo las más significativas, se han visto degradadas por un uso negligente, cuando no malévolo, por parte de una sociedad que parece no reparar en la importancia de extremar la cautela a la hora de apelar a ellas, pues sin las grandes palabras que plasman nuestros mejores valores nos vemos abocados a lidiar con sus pálidas copias: los prejuicios, los tópicos y las consignas.

Buena parte de la responsabilidad en esta deriva recae, sin duda, en la publicidad, y no sólo la de naturaleza comercial, sino también la de índole política. La necesidad de poner en circulación eslóganes efectivos (y efectistas) que parezcan revestidos de dignidad y significado parece incitar a los embaucadores a echar mano de los altos conceptos, con el fin de ganarse la confianza del receptor de sus mensajes de un modo rápido y poco costoso. El efecto dramático de este abuso ya no es sólo la difusión masiva de meras falacias bajo el ropaje de un discurso biensonante, sino que esos mismos conceptos se ven, de facto, inhabilitados para el uso que les estaba reservado: las grandes palabras quedan, pues, secuestradas por los mercaderes de la mentira, los cuales se apropian de lo más sagrado que

posee una comunidad -su lenguaje- a cambio de la gloria efímera de la compra o del voto (o de la compra del voto, incluso).

A ello obedece el recelo, cuando no el abierto rechazo con que el ciudadano medio, insistentemente sometido a esta sistemática manipulación del lenguaje, tuerce el gesto ante las grandes palabras; a su fatigado oído ya le suenan a viejas, a sobadas, a andrajosas: ¿quién, al escuchar «belleza» o «verdad», no ha reaccionado instintivamente a la defensiva, apelando al carácter «relativo y convencional» de lo que, por su propia naturaleza, sólo puede ser absoluto y universal (al menos, para esa misma comunidad y, al menos también, durante un tiempo)? Es el coste de habernos dejado robar las palabras, saqueadas por la ansiedad comunicativa de los heraldos del poder.

Urge, pues, rescatar las grandes palabras de las manos de quienes se las han apropiado de manera ilícita, y devolverles su justo lugar en la sociedad (el más elevado), pues una comunidad que prescinde de ellas, y de todo lo hermoso y venerable que ellas vehiculan, está condenada a perecer ahogada en su propia vacuidad… si no lo ha hecho ya.

Y, ¿quiénes llevarán a cabo esa ardua misión? Los que fundan lo que dura: los poetas; ante todo, preservando las palabras del mal uso al que se ven sometidas, e inmediatamente después, infundiéndoles ese vuelo que nos permita avizorar de nuevo las celestes regiones, allí donde subsisten los grandes conceptos inmarcesibles que desde siempre han guiado la conducta humana: la bondad, la entereza, la honestidad, la justicia, la magnanimidad, la aspiración a la belleza, y tantas otras virtudes cuyos excelsos nombres jamás deberían haber caído en manos de los traficantes de oquedades. Desde aquí, alzo mi copa por ello.

ELOGIO DE LA ALEGRE CONTENCIÓN

La cultura moderna es enemiga de los límites: los aborrece, les declara la guerra y, cuando superado uno se topa con otro en su loca carrera hacia la nada, redobla su arremetida siempre en busca de… ¿qué? De hecho, los grandes héroes fundacionales de la Modernidad son todos ellos transgresores de la norma consuetudinaria, sea esta buena o mala, eso da igual: tras la égida de Prometeo desfilan el genio incomprendido, el audaz pirata, los románticos bandoleros, el artista maldito… incluso la adúltera se reviste de un aura de individualidad que no se le reconoce a la casada, presa –se cree– de las convenciones y la inercia que todo lo adormece. Al final, la propuesta se resume en una ingente dosis de orgullo mezclada con no poca ingratitud respecto tanto a lo heredado como a lo convivido: el infierno son los otros porque me impiden acceder a lo que yo quiero y (¡ay!) merezco. Solo una mentalidad profundamente agresiva y violenta puede percibir con agrado, e incluso aspirar a encarnar en su vida los eslóganes con que la publicidad (coágulo del espíritu del siglo) bombardea día y noche a la inerme población: “¡Rebélate!”, “¡Rompe las barreras!”, “Los límites de tu mundo son los límites de tu deseo”…

Con esta mochila a cuestas, se entiende que mentar la contención como una virtud a defender sea recibido con una mezcla de risa y estupor. ¿Cómo? ¿Retener el primer impulso, silvestre y espontáneo, fuente de toda verdad? ¿Someterlo a examen, sopesar si procede darle curso, es preferible envainárselo o, en el mejor de los casos, amortiguar su impetuosa irrupción? ¡Vade retro, Satanás! Para el

sujeto moderno, que se quiere creer plenipotenciario y con derecho a todo (¡al Todo!), cualquier traba es vivida como un desgarro; cualquier moderación, como tortura.

¡Qué dramático contraste, si lo comparamos con el sujeto clásico, todo orden, armonía, y ponderación! "Sophrósyne", llamaban los griegos a la capacidad humana de someterse voluntariamente a un férreo control de las emociones desbordadas, las cuales eran percibidas como origen de todas las desgracias. La "virtus" consistía para los romanos en un sabio cóctel que incluía la *prudentia*, la *iustitia*, la *temperantia* y, solo si se sometía antes a ellas, la *fortitudo* como coraje bien entendido. Fruto maduro y logrado de este legado llegamos a la "templanza" cristiana, la cual, según el Catecismo vigente (para no exponerme a realizar aseveraciones aventuradas), es "la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad".

Vemos, pues, que los tres vectores que conforman la identidad occidental hasta los albores mismos de la Modernidad inciden en la importancia de mantener bajo severa vigilencia las llamadas "pasiones", sinónimo de exceso y abuso sobre el prójimo, pero también sobre uno mismo. Así, los llamados pecados capitales incluyen tanto aquellos que ponen en riesgo la integridad de los demás (la ira, la lujuria) como los que solo atentan, en principio, contra quien les da cobijo (la gula, la avaricia, la soberbia, la envidia, la pereza). En cualquier caso, la transgresión de los cauces de la moderación supone una auténtica amenaza, ya no solo de índole moral, sino social: el desmesurado, el incontinente, el desbocado, tras sus variopintas

máscaras, introduce en la vida colectiva un elemento de distorsión que, en sus modalidades más irónicas (el locuaz demagogo, el caudillo demencial), puede acabar arrastrándola hasta el abismo. ¿O no podemos tildar de intemperantes (soberbios, iracundos) a los que se erigen en conductores de masas, aspirando a dirigirlas hacia una supuesta dicha colectiva (y de perezosos a quienes les siguen?).

Las consecuencias de dos siglos largos de Modernidad, y sus cantos prometeicos a la desmesura, están a la vista de todos: el egoísmo enfermizo arrasa con la convivencia, las pasiones más bajas embrutecen a la juventud, la violencia campa a sus anchas, el caos es el amo. ¿No ha llegado, quizás, el momento de ponerle puertas al campo, ajardinarlo, recobrar la mesura como fuente, ya no solo de paz, sino de placeres? Sí, defiendo el valor de la contención como goce supremo: quien se domina a sí mismo es mucho más fuerte que quien no es capaz de hacerlo (una idea clásica incluso formulada en estos términos): la principal batalla la hemos de librar contra nuestros instintos más primarios, a los cuales la cultura elevada y la dulce sociabilidad ya habían logrado ponerle diques, antes de que todo estallase por los aires con la moderna "inversión de todos los valores". Frente al culto sistemático al canalla, al transgresor, al delincuente, contra la vikinguización de la vida (convertida en una nueva selva donde todos combaten contra todos para satisfacer sus más inmediatos apetitos), postulo el retorno al ideal del cortesano, todo suavidad, finura, recato e incluso pudor. Urge recuperar los protocolos, los rituales, las ceremonias tasadas: abandonar el desaliño en el trato cotidiano y apostar por la sabia canalización de los impulsos, refrenándolos con la dulzura del código compartido. De ello no tiene por qué derivarse una

mecanización de la expresividad personal, sino su alegre sublimación en forma de normas tácitas y cómplices autolimitaciones.

Acabaré con Baltasar Gracián quien, en la crisi XI de *El criticón*, ensalzaba con estas palabras el valor de moderación en todos los órdenes de la existencia: "Continencia: en ella se halla el contento verdadero, la vida, la salud y la libertad. El que se contenta con una medianía, ese vive. El manso de corazón posee la tierra: desabrido se le propone el perdón del enemigo, pero ¡qué paz se le sigue y qué honra se consigue!".

Si hemos de tomar como verídica la realidad que nos ofrecen los medios de comunicación (lo que implica, de entrada, una elección muy arriesgada, pero habitual en nuestros días), se podría pensar, tal vez ingenuamente, que vivimos en una sociedad donde todos tienen opiniones. (Todos quiere decir: los que disponen de elementos de juicio sobre un tema y los que no; opiniones significa: criterio formado sobre este mismo tema sobre el que juzgamos).

La proliferación imparable de las opiniones (cualificadas o no, parece no tener ningún importancia: las opiniones son equivalentes entre ellas, de la misma forma que todos los votos tienen la misma importancia para el recuento final) nos muestra un mundo donde, quien más quien menos, cree tener su derecho a hablar. Hablar por hablar, la cuestión es no callar, no permanecer al margen de (las opiniones sobre) los acontecimientos que, se supone, tienen que preocupar a todos los ciudadanos. Una ley del parlamento, la despenalización del consumo de droga o el último fichaje futbolístico: el objeto de la opinión no es tan importante como el hecho mismo de opinar.

Opinar es la forma que ofrece nuestra sociedad, por lo demás muda para la articulación de una verdadera voz civil, de integrarse en el discurso de lo que es noticiable; podríamos decir que dar nuestra opinión ante un micrófono o en las redes sociales es, incluso, la única forma de convertirnos nosotros mismos en noticia. Nada es real, ni tiene entidad propia ni puede crear efectos, hasta que no es accesible a la colectividad de opinadores, los cuales sitúan el evento (normalmente, polémico: de esta forma, la opinión

traduce sus efectos sobre la sociedad) en unos términos mensurables y, de rebote, susceptibles de análisis, control y ulterior neutralización.

El principio es el siguiente: lo que no es transmitido (lo que no es susceptible de intercambio, de emisión y de recepción), no existe (no tiene un espacio propio en la red comunicacional). La paradoja, sin embargo, consiste en que la convergencia de las opiniones en torno a los medios y las redes sociales (las cuales se han convertido en una auténtica ágora invisible, en un nuevo coro griego) no detiene la dinámica voraz del hecho-opinión, peligro-antídoto, sino que estimulan su hipertrofia. Tuits, encuestas, cuestiones, sondeos, debates: los medios han ido cediendo progresivamente el lugar de la noticia a la exposición de la opinión sobre la noticia, hasta el punto de que se acerca el día en que los titulares de los telediarios hablarán, no del evento X, sino de la opinión de A, B, C y D han emitido sobre el evento X, el cual ni siquiera será necesario conocer en detalle para comprender el alcance de sus efectos.

El derecho a hablar es el derecho de los ciudadanos a pasar de ser puntos receptores en puntos emisores de la comunicación: es la revuelta del público. La programación de las televisiones dedica una gran parte de su tiempo a reunir a una serie de personas que se han autoseleccionado para opinar sobre tal o cual tema de actualidad. A veces, el debate televisivo parece una mera excusa para hacer amigos y enemigos delante de la cámara: la televisión actúa entonces de fuente de creación de sociabilidad, la cual, por otra parte, se ha ido desvaneciendo por el progresivo aislamiento de las personas en las metrópolis. Así pues, la televisión, las redes sociales, los medios de comunicación en general, crean una ilusión de comunidad, la que empieza y

termina en la pantalla, pero que tiene unas consecuencias sociales y políticas indudables. Al fin y al cabo, la ideología que se deriva de la gran familia de los espectadores no deja de ser profundamente mesocrática, ya que favorece la equidistancia de todas las opiniones independientemente de su fundamentación.

Contra la bulimia de la opinión, hay que reivindicar el derecho a callar, vale decir: a no darse por aludido, a ser indiferente a ciertos temas, a pasar de la confrontación de los pareceres a la dialéctica de las ausencias. Y es que tras la tolerancia aparente de las opiniones, existe un poso de incapacidad: la de dar y recibir razones, la de escuchar y hablar con respeto, exponiéndose a abandonar la propia instalación para abrirse a la itinerancia racional, siempre precaria y susceptible de revisión.

Quizás un silencio con contenidos, meditativo y lleno de sentido, sería una dieta recomendable para no ser engullidos por el ruido mass-mediático que amenaza cuando pulsamos el botón del televisor o del móvil, o abrimos las páginas del (ya agonizante) diario en papel.

AFORÍSTICA HUMANÍSTICA

Digno es no hacer nada moralmente execrable para obtener algo materialmente valioso.

*

Cualquier que esté dispuesto a cualquier cosa con el objetivo de obtener cualquier otra, abre una vía de agua en su propia embarcación: precipita el hundimiento.

*

La dignidad te brinda un suelo tan firme que, por muy abajo que te encuentres, siempre te mantiene en un estado espiritual elevado.

*

Cuando uno atenta contra su propia dignidad, aunque logre salir adelante, se deja para siempre atrás, varado en el cieno.

*

La dignidad es una dimensión personal con resonancias cósmicas: por eso cualquier menoscabo que le inflige a la suya un individuo concreto, tarde o temprano acaba dañando el universo entero.

Digno: íntegro, incluso despedazado. Indigno: degradado, mohoso y purulento, aunque aparezca cubierto de oropel.

*

Dignidad, en realidad, no es un sustantivo, sino un verbo: no existe en abstracto, sino que cada cual, todos los días de su vida y hasta el final, tiene que conjugarlo.

*

Los dignos también tropiezan pero, como los gimnastas, (casi) siempre caen de pie.

*

Indigno, vil, mezquino, ruin, canallesco… ¡qué panoplia de sinónimos, a cuál más cacofónico, contra un único bello concepto: el de dignidad!

Con dignidad, el desposeído es amo, aunque duerma en un barril; sin dignidad, el poderoso es esclavo, por mucho que desayune todas las mañanas en una mansión con piscina.

*

Epítome de la dignidad: Diógenes conminando a Alejandro a que se aparte, que le tapa el sol.

MORIR EN LO CIERTO

El hombre sabe. El animal hace.
El hombre sabe lo que hace. El animal hace lo que sabe.
El hombre sabe que sabe lo que hace…

*

Saber no es tener noticia.

*

La mera acumulación de información no trasciende nunca en sabiduría.

*

Saber: hacerse consciente.

*

El auténtico saber pasa necesariamente por saberse.

*

Saber es poder… siempre que no se abuse de él. (De lo contrario, es oprobio).

*

Si los sabios tienden a la contemplación es porque comprenden las razones.

*

El saber introduce entre las cosas y las personas una distancia entrañable.

*

Saber nos hace cómplices.

*

El verdadero saber no es más teórico que práctico, pero sí más autorreflexivo que meramente proactivo.

*

La única síntesis equilibrada entre el ser y el hacer es la praxis bien entendida.

*

El saber que bien hace, bien merece el nombre de arte.

*

La diferencia entre el arte y la artesanía es que ésta no ve más allá de lo que tiene en mente y entre manos.

*

El arte emite luz, la artesanía la refleja.

*

El saber es fértil por naturaleza y estéril por elección.

*

¿Vivir por y para el saber? Algo tan bello y gratuito como el inocente juego de los niños.

*

La sabiduría tiene algo de impersonal, pero sólo prospera si se encarna en un individuo concreto.

*

El sabio es como el fotógrafo: su éxito depende de la correcta elección de la perspectiva (y ésta, de la propia ubicación respecto al objeto).

*

Si quien acumula sabiduría, acumula dolor, es porque no impregna el conocimiento con el bálsamo del amor.

*

Incluso el sabio que se retira para pensar en lo más profundo del bosque está incrementando, sin saberlo, el conocimiento del hombre acerca del mundo.

*

Sólo sabemos realmente si sabemos lo que estamos haciendo; de lo contrario, no se diferencian mucho la ignorancia y el conocimiento.

*

Saber lo que se sabe y lo que se debería llegar a saber… y arrojarlo a los pies de lo que se sabe que nunca llegará a saberse.

*

La vocación del hombre es vivir aprendiendo para poder llegar a morir en lo cierto.

LA FALACIA DE LOS DERECHOS

> "Para corromper a un individuo basta con enseñarle
> a llamar «derechos» a sus anhelos personales
> y «abusos» a los derechos de los demás"
>
> (Gilbert Keith Chesterton)

I

Que un abuso esté consagrado por una ley no lo convierte en un auténtico derecho.

II

Mis derechos, tus deberes. (Pero no a la inversa).

III

Los derechos, para el que se los pueda pagar.

IV

Los derechos no son de derechas. O sí, quién sabe.

V

Lo ajustado a derecho no tiene por qué estar ajustado
a la razón. Ni siquiera a la naturaleza.

VI

No dan una a derechas: no dejan de consagrar derechos, cada vez más aberrantes.

VIII

También se puede ir derecho al abismo.

IX

Lo diestro es no ser siniestro… menos aún, cuando hablamos de derechos.

X

Consagran cada día nuevos derechos para generar cada día nuevos clientes. Es un asunto comercial.

Más que caudal, la tradición es el cauce. Con ella, hay río; sin ella, agua desparramada.

*

Desde el momento en que somos concebidos, lo hacemos con un bagaje genético que la naturaleza se empeña en perpetuar.

*

Desde el momento en que nacemos, irrumpimos en un entorno determinado respecto al cual nos determinaremos toda nuestra vida.

*

Desde el momento en que aprendemos a hablar, y lo hacemos un idioma y no en otro, ya nunca dejaremos de ser "tradicionales"…

*

La vida es tradición inconsciente; la tradición es vida consciente. No hay nada menos tradicional que una piedra ni menos vivo que una comunidad aferrada fanáticamente a sus tradiciones.

La tradición es el suelo de todos los pasos: sin ella, no avanzamos; con ella, la dejamos atrás.

*

La tradición no es un repertorio finito de recursos concretos, sino el ejercicio de acogerlos y transformarlos en un proceso armonioso de olvido recordante y recuerdo olvidante.

*

Sólo se puede “superar” la tradición enriqueciéndola, es decir, pervirtiendo sus formas (siempre accidentales) para adaptar sus contenidos (siempre esenciales) y, así, preservarlos naturalmente vivos y permanentemente actuales.

*

No hay nada menos tradicional que un museo de artes tradicionales.

*

Un pensamiento tradicionalista, que no dialoga activamente con el pasado sino que se limita a repetirlo inalterado, es rigurosamente antitradicional… por no decir ucrónico, ahistórico y falso.

*

Nada se transforma tanto como la tradición, ni tan poco como el tradicionalismo.

*

La mejor manera de conservar la tradición es transmitirla hasta hacerla irreconocible por nuestros antepasados y familiar para nuestros descendientes.

PROGRESO IMPERATIVO

Cambiar, la humanidad ha cambiado siempre, y casi siempre a mejor. Progresar, únicamente a partir del siglo XIX. En esencia, pues, el progreso es un concepto decimonónico (con todo lo que conlleva el adjetivo).

*

El Progreso, concepto decimonónico por antonomasia, cree ciegamente que el cambio no es necesario implementarlo, pues (como decidieron Hegel y Marx) se mueve a sí mismo y se impone con toda naturalidad… salvo cuando algo se cruza en su trayectoria. Y ese algo se convierte, de manera también natural, en enemigo (llámese burgués, fascista o cavernícola, según las épocas).

*

El Progreso se percibe en el espejo de sus ideales como el camino, la verdad y la vida… aunque, para no dejar de avanzar, tenga que arrasar con todo lo que se le oponga, o mejor: con cualquiera que no se suba impulsiva, acrítica e irreflexivamente al carro (o a la apisonadora) del Progreso.

*

Para el Progreso, no todos los cambios implican Progreso. Sólo los que se le antojan. Por eso la fecundación in vitro es Progreso y la gestación subrogada, no. La digitalización

de la economía es Progreso y la IA, no. La lista es interminable, y crece cada día en aporías.

*

El carácter antojadizo e imprevisible del Progreso puede llevarle a afirmar que es más progresista consumir una lechuga cultivada por métodos tradicionales que otra crecida en un moderno invernadero.

*

¿Qué es el Progreso? Un monarca absoluto con plenos poderes para determinar sus contenidos en función de los intereses del día. Por eso, ser progresista te obliga a vivir con el corazón en vilo: nunca sabes a qué carta atenerte, porque mañana pueden cambiar las tornas y dejarte fuera del juego.

*

El Progreso es la tradición de la moda del día.

*

Progresar, sólo se progresa desplazándose respecto a un objetivo fijo: pero, dado que el Progreso ya no persigue otra meta que el cambio por sí mismo, resulta imposible evaluar si, al progresar, estamos avanzando, retrocediendo o corriendo como pollo sin cabeza.

*

El Progreso es tan sorpresivo que, llegado el caso, puede abogar perfectamente por “defender los derechos adquiridos”… sin por ello aceptar que se le acuse (¡vade retro!) de “conservador”.

*

Que el Progreso, cuya imperiosidad cambió la faz del mundo de la mano de la “revolución” industrial y el desarrollismo a machamartillo, se apunte ahora al carro de la ecología, el medio ambiente y los modos de producción artesanal, no es ninguna paradoja: es la enésima prueba de que está dispuesto a permitirse a sí mismo lo que le venga en gana. Como los sátrapas.

EL ESPECTRO DE LA LIBERTAD

Todos los seres humanos nacemos, o libres, o iguales. Sin término medio.

*

La libertad es el sueño del cautivo y la pesadilla del esclavo.

*

Responsabilidad: la terca resaca de la libertad.

*

A medida que ascendemos en la jerarquía del ser y el estar, se reduce el margen de libertad. Por eso Dios es todo necesidad y los reyes viven atenazados por una pléyade de servidumbres y protocolos.

*

«Obedecer a Dios es libertad», escribió Séneca. ¿Y al diablo?

*

La libertad absoluta está cargada de deberes irrenunciables.

Una libertad carente de misión corre detrás de cualquier capricho.

*

Si, como dejó dicho André Gide, «liberarse es más fácil que ser libre», es porque en el primer caso uno sabe de qué huye y en el segundo ignora a dónde se dirige.

*

Aunque la ejerzamos, no existe la libertad de equivocarse.

*

Si la verdad nos hace libres, ¿para qué nos empeñamos en poder ejercer el derecho de elegir?

*

¿Libertad? La del enamorado que no conoce sino la de estar preso en el ser cuyo nombre no puede oír «sin escalofrío».

*

Si no podemos elegir no ser libres, es que no podemos elegir: por lo tanto, no somos libres.

CONTRA LA EDUCACIÓN

«¡Educación, educación, educación!», claman como solución a todos los problemas. Del futuro, se entiende.

*

La fe en la pedagogía se parece demasiado a la que se tenía antiguamente en la magia como para denominarla de otra manera.

*

Los inductores de Mayo del 68 atacaban a la escuela, acusándola de todos los males; sus hijos la defienden en Mayo del 21, confiándole su solución casi en régimen de monopolio. Imposible no ver en esto una suerte de desquite generacional.

*

«No sé cómo hemos llegado a concebir la disparatada idea de que una clase aprenderá mejor si todo el mundo aprende lo mismo al mismo tiempo, como si una clase fuese una fábrica» escribió John Holt en *El fracaso de la escuela* (1967). El año que nací yo, quién sabe si para tomar el testigo.

*

La casta profesoral se ve a sí misma como la redentora de la humanidad: «¡sin educación no hay futuro!»… olvidando que, con ella, estamos sufriendo este hórrido presente desde hace décadas, quizá siglos.

*

Para comprender que la escuela moderna reproduce, punto por punto, los principios, los métodos y los fines de la institución penitenciaria, no hace falta leer a Michel Foucault: basta con haber sido niño…

*

Con una mano, el progreso te incita a desconfiar del pasado y la tradición, en aras a la pureza inaugural del presente y la libertad del individuo soberano; con la otra, te acusa y castiga por no someterte a la autoridad del docente de turno. ¿Cómo va a funcionar una cultura basada en este desgarro esencial?

*

"Etimológicamente, *educare* procede de *ducere*, es decir, de conducir: agarras a alguien por el cuello y lo llevas a donde te parezca" (Roberto Rossellini). La vocación secreta de los pedagogos es la de domadores.

*

La educación moderna, basada en el modelo del «teatro italiano» (un locuaz actor frente a su público cautivo y mu-

do), da por supuesta una estructura unidireccional de la información: el que profesa emite un mensaje y el que le oye y/o contempla lo recibe tal cual, sin derecho a matiz o réplica. Es una quimera esperar de esta dinámica otra cosa que desinterés por parte del auditorio.

*

Hay maestros que no profesan y profesores que a duras penas se pueden calificar de maestros. Sólo en casos contados (e inolvidables) ambas figuras se dan la mano.

*

El otro día vi un reportaje en televisión sobre un profesor que se ha convertido en influencer de éxito. Imagino que sus propios alumnos no darán crédito.

*

(Casi) nadie es profeta en su tierra ni maestro en el aula.

*

Enseñar es mostrar, mejor aún: no ocultar. Tender el dedo. Y que la vida saque sus conclusiones.

*

Siempre que oigo la palabra «inculcar», mi cabeza la traduce por «conculcar».

Con YouTube y sus tutoriales, la masa ha descubierto que sabe más de lo que creía, y que puede compartirlo sin someterse a tutelas ni tutías. Frente a esa realidad, las instituciones educativas ya sólo pueden ofrecer… títulos.

*

Contra la utopía de la educación, ambiciosa empresa de reconfiguración de las mentes en nombre de los más altos principios, cabe defender el valor del aprendizaje, esta sí, una constante de la naturaleza humana.

*

Educar se viene haciendo desde hace unos siglos; aprender, desde el origen de los tiempos. Puestos a elegir, yo lo tengo claro.

Noé fue el segundo animalista. ¿El primero? Adán, menos cazador que ganadero.

*

“El justo cuida de la vida de su bestia” (Proverbios, 12: 10). Y cuanto más la cuida, ¿más justo es?

*

Tras el dominio total del planeta Tierra por parte de la humanidad, fruto de la moderna industrialización, nace la inmensa mala conciencia del soberano que sabe que se ha servido sin servir. Y, como es moralmente comprensible, de monarca absoluto decae en lacayo de sus víctimas.

*

Ver a un humano inclinándose para recoger las heces de su perro me genera una mezcla extraña de admiración y vergüenza ajena.

*

Las mascotas son la nueva clase media. (Un viejo aforismo de Felix Trull que sigue vigente).

*

“¡Qué bestia eres!”. Una expresión que, en el siglo XXI, ya no puede asegurarse que sea despectiva.

*

En cuanto se rechaza el valor superior del alma respecto al cuerpo, de la razón frente a la pasión, se cancela la distancia entre un humano y un mapache, un pez globo o una cucaracha.

*

El animalismo es un lenitivo de la misantropía que a duras penas logra disimular su carácter de sucedáneo.

*

Llamar “amor” al apego que pueda mostrar un animal por nosotros (y nosotros por él) revela qué clase de afecto exigimos a los demás: incondicional, sumiso, perruno.

*

Es antropocéntrico el veganismo porque supone que solo nos conmueve ingerir a un ser dotado de un sistema nervioso central. ¿Acaso las zanahorias no tienen derecho a sufrir a su inhumana manera?

*

Si quiere ser verosímil, el animalismo debe despojar a la humanidad de cualquier clase de tutela sobre la fauna salvaje. Y la especie que se tenga que extinguir, que se extinga.

*

La idea de que la humanidad debe ser el gran guardabosques del planeta le consagra como el ser más poderoso de todos. ¡Bonita ironía! El conservacionismo es un especismo.

*

En el mejor de los casos, del darwinismo solo aceptamos lo que supone de refutación del creacionismo; de todos sus demás axiomas (la lucha por la vida, la supervivencia del más apto, la amoralidad intrínseca de la mera naturaleza), hacemos caso omiso.

*

La tesis de que “hay animales más humanos que los humanos” sólo la puede defender un humano muchísimo menos animal que los animales, esto es: alguien con un sentido moral tan elevado que resulta prácticamente… angélico.

*

De estrenarse hoy en día en cines, la sala entera animaría al tiburón a devorar a sus persecutores. Hasta ese punto ha llegado nuestro enfermizo “antiespecismo”.

*

El humano es el único ser capaz de imaginar, documentar y explicitar, no solo lo que le diferencia de otras especies, sino lo que cree que comparte con ellas. Y con ello demuestra su inconmensurable excelencia.

DEJAR DE PENSAR

Ideología: pienso para los que no piensan.

*

Todo lo que toca la ideología, lo acartona.

*

Se tienen ideas para dejar de pensar durante un tiempo, e ideología para no hacerlo ya nunca más.

*

gía: magro consuelo para los que no saben qué hacer ıta incertidumbre.

*

La ideología es la forma sólida del pensamiento; tan sólida como una maza.

*

La ideología interpone una cortina entre nuestra visión y la realidad, y luego otra, y otra, y otra.

El ideológo, ambiciosísimo, tiene sus fines muy claros; el ideologizado, más modesto, se conforma con sus principios.

*

Todas las ideologías sienten una secreta envidia de la religión que nunca se propondrán llegar a ser.

*

No hay ideología más peligrosa que aquella que da cuenta de todo en nombre de todos.

*

Para cualquier ideología, lo ideal es lo real. Por eso les resulta imposible aceptar la existencia de todas las demás.

*

El mejor método para acabar con las ideologías es repensar continuamente las categorías que utilizamos para pensar. De lo contrario, acabamos esclavos de nuestros propios prejuicios.

LO HUMANO, LO INHUMANO, LO SOBREHUMANO

Que lo humano es un ámbito hondamente connotado para todos y cada uno de nosotros, queda demostrado en la relativa facilidad con que creemos verlo desbordado.

*

Existen dos formas de acometer el problema de lo humano: aquella que considera que lo inhumano y lo sobrehumano no dejan de constituir otros tantos registros de una humanidad plástica y deformable, y esa otra para la cual ésta existe única y exclusivamente frente a lo bestial y lo celestial. La última sería formalmente la más estricta, pero también intelectualmente la más profunda.

*

Si nada de lo humano me es ajeno, menos aún aquello que lo sobrepasa infinitamente, y que me pone una y otra vez en mi lugar.

*

Resulta llamativo que la llamada "revolución" que desplazó el centro del universo conocido en su momento de la Tierra al Sol, conllevó la traslocación del axis mundi de Dios al hombre. Una pequeña derrota a cambio de una gran usurpación.

Admitir en el seno de lo humano sus pulsiones más brutales, por espontáneas y naturales, y excluir las espirituales, por ser resultado de una necesaria ascesis de los instintos primarios, no deja de delatar en quien lo hace un interés un tanto ansioso en impedirle cualquier crecimiento ascensional.

*

Todas las culturas, salvo la moderna, han rendido culto a los hombres que dilataban la experiencia humana en dirección a los cielos: héroes y santos nos llevaban, a todos, a lomos de un impulso que, casi siempre, cobraba el valor de un retorno. Sólo la Modernidad ha querido descubrir en el lodo, en el cieno y en la hez alguna clase de promesa. Una promesa ctónica, cabe decir.

*

En no pocas ocasiones, para alcanzar el ámbito de lo sobrehumano, los humanos se han debido arrojar en brazos de lo inhumano: sacrificios a los dioses, guerras santas, torturas y martirios, en nombre de una perspectiva más alta. Servidumbres materiales que a duras penas el espíritu se ha podido perdonar a sí mismo, al avizorar el destino efectivo de su esperanza.

*

La noción, tan extendida, de que para elevarse primero hay que hundirse, no debería llevarnos a admitir sin reparos

que los peajes siempre los paguen los otros. Prediquemos con el ejemplo. Sacrifiquémonos los primeros.

*

Existe en la amplia lexicografía en torno a lo humano ciertas constantes, y también algunas pérdidas. La sociedad posmoderna, sin ir más lejos, ha excluido cualquier forma de sacrificio de su seno; tanto es así que, si hay algún pecado original en nuestro tiempo, es el de la renuncia.

*

Inmolarse, por el motivo que sea, tiene en el siglo XXI algo de siglo XI.

*

Sin el recuerdo del abismo del que me libro cada día por el mero hecho de estar vivo, ni siquiera sabría si soy animal, vegetal o mineral. Sin la promesa del cielo al que aspiro, poco importaría pertenecer a cualquiera de esos reinos.

*

Del mismo modo que hay quien postula que existen animales (mejor dicho: mascotas) más "humanas" que las personas, pronto lograrán convencernos de que lo serán los robots.

LA BABOSA ERECTA

Proclamar que la vida carece de sentido es la forma más absurda de atribuírselo.

*

Sin la pregunta por el sentido de la vida, nada diferencia la de un ser humano de la de una babosa. No es raro, pues, que quien niega que lo tenga se despierte, una mañana cualquiera, convertido en insecto.

*

Solo la búsqueda del sentido pone al hombre erecto. La alternativa era la de proseguir con una existencia flácida y, al cabo, estéril.

*

El sentido es la vida trascendiéndose, sin dejar de ser ella misma.

*

Si la vida tiene algún sentido, reconóceselo; de lo contrario, dáselo.

Cuando descubrimos que nuestra vida tiene sentido, pierde la muerte toda su capacidad de intimidación (por no decir que, en cierto modo, ha revelado su carácter ilusorio).

*

Sólo vive quien alcanza el sentido de su vida. El que no, a duras penas se limita a subsistir.

*

En el descubrimiento del sentido de la vida juega un papel esencial el consentimiento respecto a lo que no se deja reducir a él. Precisamente por tratarse de una dimensión que trasciende a la existencia, apunta al más allá como una promesa insaciable.

*

Desde que bajó de los árboles, el hombre ha aspirado a una altura plena de sentido; por eso ya no puede permitirse el lujo de andarse por las ramas: ahora, apunta por derecho a la raíz.

*

El hombre en busca de sentido siempre acaba asomándose al abismo: si salta, lo encontrará; si se detiene, lo perderá.

MORIR EN LO CIERTO

El hombre sabe. El animal hace.

El hombre sabe lo que hace. El animal hace lo que sabe.

El hombre sabe que sabe lo que hace…

*

Saber no es tener noticia.

*

La mera acumulación de información no trasciende nunca en sabiduría.

*

Saber: hacerse consciente.

*

El auténtico saber pasa necesariamente por saberse.

*

Saber es poder… siempre que no se abuse de él. (De lo contrario, es oprobio).

*

Si los sabios tienden a la contemplación es porque comprenden las razones.

*

El saber introduce entre las cosas y las personas una distancia entrañable.

*

Saber nos hace cómplices.

*

El verdadero saber no es más teórico que práctico, pero sí más autorreflexivo que meramente proactivo.

*

La única síntesis equilibrada entre el ser y el hacer es la praxis bien entendida.

*

El saber que bien hace, bien merece el nombre de arte.

*

La diferencia entre el arte y la artesanía es que ésta no ve más allá de lo que tiene en mente y entre manos.

*

El arte emite luz, la artesanía la refleja.

*

El saber es fértil por naturaleza y estéril por elección.

*

¿Vivir por y para el saber? Algo tan bello y gratuito como el inocente juego de los niños.

*

La sabiduría tiene algo de impersonal, pero sólo prospera si se encarna en un individuo concreto.

*

El sabio es como el fotógrafo: su éxito depende de la correcta elección de la perspectiva (y ésta, de la propia ubicación respecto al objeto).

*

Si quien acumula sabiduría, acumula dolor, es porque no impregna el conocimiento con el bálsamo del amor.

*

Incluso el sabio que se retira para pensar en lo más profundo del bosque está incrementando, sin saberlo, el conocimiento del hombre acerca del mundo.

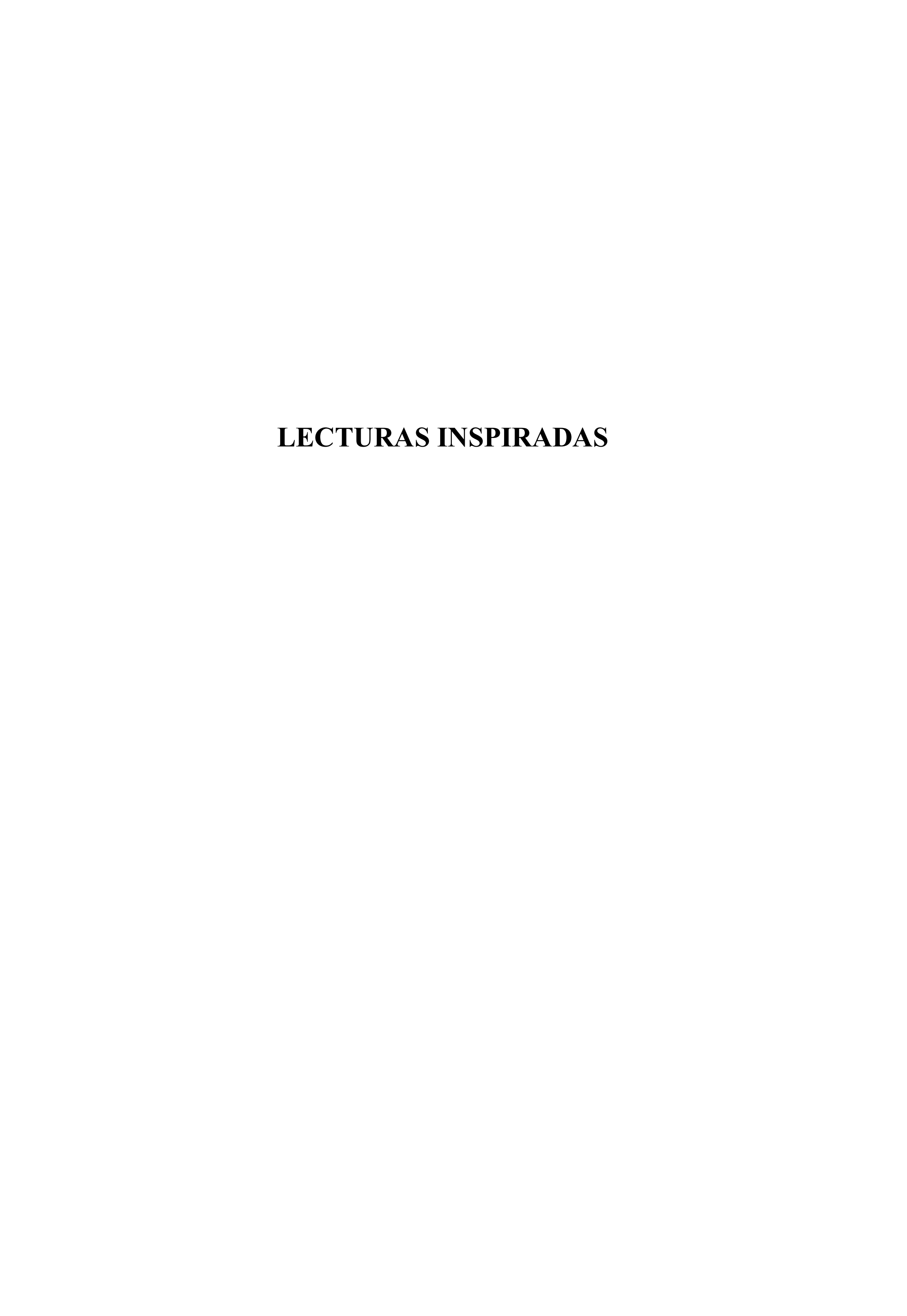
Sólo sabemos realmente si sabemos lo que estamos haciendo; de lo contrario, no se diferencian mucho la ignorancia y el conocimiento.

*

Saber lo que se sabe y lo que se debería llegar a saber… y arrojarlo a los pies de lo que se sabe que nunca llegará a saberse.

*

La vocación del hombre es vivir aprendiendo para poder llegar a morir en lo cierto.



LECTURAS INSPIRADAS

RETORNO AL CANON OCCIDENTAL

Que en los últimos tiempos está en marcha una auténtica cruzada revisionista parece fuera de toda duda. Tras un largo período (aunque no tanto como podríamos creer: a finales del siglo XVII los neoclásicos aborrecían nada menos que a Homero y a Shakespeare) durante el cual se consensuó un repertorio de autores sobre los que valía la pena reflexionar, dado el calado intelectual de sus aportaciones a la cultura, ya no digamos occidental, sino universal, padecemos actualmente un ataque frontal, abierto e incluso furibundo contra dicho canon fundamental, en el cual convivían sin esfuerzo los poemas épicos y las églogas virgilianas, las filosofías helénicas y los Padres de la Iglesia, los estoicos y los epicúreos junto con los cínicos y los escépticos, la austeridad del clasicismo y la exuberancia barroca: convocados al gran banquete de la sabiduría humana, cada estilo tenía su encanto, cada época su oportunidad, cada autor su derecho a exponer en público su argumento, y los lectores a tomarlo en todo o en parte, o a rechazarlo sin acritud ni ánimo beligerante. Hay quien puede aducir que dicho ecumenismo cultural neutralizaba el alcance real del mismo, ya que se reducía el gran legado occidental a un uso meramente lúdico, decorativo o circunstancial, carente de auténtico impacto en el devenir real de la sociedad; yo prefiero interpretarlo como la asunción, a escala planetaria, de la utilidad de ciertos hitos para la humanidad en su conjunto, en virtud de su capacidad de trascender los hórridos particularismos (de raza, de clase, de credo, de ideología) que tanto daño hicieron en un pasado no tan lejano.

Sea como fuere, todo esto se ha puesto en la picota por parte de las distintas corrientes demolicionistas que actualmente asuelan nuestra comunidad intelectual, algunas de las cuales tienen ilustres antecedentes: ¿acaso no abjuró Petrarca de una Edad Media de la cual, en verdad, no conocía tanto como creía, y a la cual debía más de lo que estaba dispuesto a admitir? ¿No trató Descartes de hacer tabula rasa de la tradición que le había precedido? ¿Nietzsche no estimaba erróneos los dos mil años de cultura cristiana, y necesaria su cancelación para avizorar un horizonte liberado de rémoras y lastres? ¿Heidegger no tentó otro tanto, al tachar la historia de la filosofía de metafísica en su integridad, inútil por alejada de las cuestiones esenciales, según él, para el pensamiento humano? ¿No trata el deconstruccionismo de poner en la picota todo aquello que teníamos por venerable? Ello por no hablar de las vanguardias artísticas, que en todas las disciplinas (plásticas, literarias, musicales) se propusieron abatir las grandes categorías de la tradición para instalar en su lugar una miríada de extravagancias efímeras, cuya relevancia existencial a duras penas somos capaces de descifrar una vez decaído su impacto novedoso. El denominador común de todas estas avanzadillas críticas era el de apostar por la negación, la supresión, el borrado o, en el mejor de los casos, la puesta en cuarentena del valor de la Gran Tradición occidental, proyecto que en algunos casos (las revoluciones culturales de Mao y de Pol Pot) se tradujo en el barrido sistemático de todos sus vestigios, tenidos por espúreos y alienantes… para poner en su lugar la verdad absoluta del Partido Único, claro.

Todos estos precedentes parecen hallar continuidad en nuestros días, de la mano de ciertos ismos (neomarxismo, feminismo, indigenismo, animalismo) coaligados para lanzar el enésimo ataque al imponente edificio del canon occidental. Atrás quedan los tiempos en que Europa asumía su propio liderazgo en la forja de una identidad humana común, fruto del acopio de tradiciones de distinta estirpe, aunque siempre subsumidas y aunadas por un espíritu común de síntesis afortunada: ahora, la apuesta parece pasar por decapar nuestra historia, haciendo emerger todas y cada una de las voces supuestamente enmudecidas por el rodillo de un poder arbitrario. Asistimos así al rescate cotidiano de auténticas mediocridades, cuyo interés parece residir exclusivamente en que nadie las recuerde. Se trata de una especie de contrahistoria de los olvidados, de los caídos, de las víctimas del omnívoro Poder heteropatriarcal, blanco y judeocristiano, al que habría que oponer ahora una neohistoria (con su, claro, neolengua) protagonizada por sujetos al fin impolutos, por cuanto sojuzgados y oprimidos (¿alienados?): las mujeres, los homosexuales, los herejes, los buenos salvajes… Resulta llamativo que estas andanadas procedan de ciertas universidades estadounidenses, auténticos cenáculos de ultraizquierda anticapitalista, donde desde hace décadas se habría hecho fuerte una neoescolástica pseudointelectual compuesta por todo tipo de sofismas cuyo único punto en común es el de renegar de lo que fuimos, hicimos y pensamos los peores seres de la tierra: los occidentales.

En este contexto adverso, la publicación de *Nada es más asombroso* que el hombre, de Volker Spierling, puede parecer una auténtica provocación. A contrapelo del espíritu del tiempo, que sopla en contra de los grandes nombres

del pasado, el autor pasa revista a una pléyade de referencias cuyo conocimiento hasta hace poco resultaba insoslayable para una persona medianamente culta (desde Sócrates, Platón y Aristóteles hasta Hegel, Nietzsche y Adorno), pero que en la actualidad parecen confinados a las catacumbas de cierta academia, y no precisamente la más pujante. El hilo común de esta indagación es la convicción del autor de que “los avatares de las posiciones éticas permiten comprender el auge de la metafísica europea y su ocaso”, dado que “la idea del bien entendido como el valor supremo es un principio rector de la metafísica clásica y el patrón último de la ética tradicional”. Esta idea, que tiene bastante de cierta, se complementa con la de que “en la Modernidad, el referente de la metafísica perdió su importancia en el mundo real a causa del empirismo”. Todo ello llevaría a Spierling a constatar la decadencia de los valores morales en un contexto desprovisto de referentes firmes a los cuales remitirse en cuanto instancia última de validación, abocando a nuestra época a un relativismo materialista despojado de cualquier atisbo de trascendencia (aunque esto último lo deduzco yo, porque el autor es parco en juicios y tomas de partido: “he omitido mis valoraciones”, llega a afirmar).

La exposición de Spierling es extraordinariamente didáctica: de cada autor facilita una glosa de su biografía, de sus libros y de sus doctrinas, enfatizando aquellas aportaciones más relevantes a la temática en cuestión; sin embargo, no pasan de ser los suyos unos análisis muy elementales, casi escolares, cuyo destino natural en otra época habría sido una enciclopedia prestigiosa. Todo lo que se afirma, sin dejar de ser veraz, se ajusta a los anodinos cauces de un seminario del aula de la experiencia. No esta-

mos, pues, ante un ensayo, sino ante una somera historia de la filosofía (pues con frecuencia el autor sobrepasa el ámbito de la mera ética, adentrándose en cuestiones gnoseológicas y especulativas), o mejor, de pasajes muy concretos. Y es que, si de recapitular la reflexión sobre los valores se trataba, se añoran autores clásicos como Epicuro, Cicerón o Santo Tomás, mientras que brillan por su ausencia aportaciones más recientes, y sumamente sugestivas, como la de los pragmatistas o la de los neokantianos. Tampoco se entiende el extraordinario salto temporal que se describe al pasar de San Agustín a Hume, obviando a los humanistas del Renacimiento o la fundamental *Ética* de Spinoza. ¿Dónde está Rousseau? O el propio Heidegger… Si el autor se proponía presentar una panorámica, faltan demasiados autores; si una indagación interpretativa, lo que se echa de menos son acuidad y audacia a partes iguales.

En definitiva, nos encontramos ante un libro de otra época (para lo bueno y para lo malo) cuya utilidad reside precisamente en devolver a la palestra referentes de los que nunca deberíamos privarnos, pues delinearon el espacio de reflexión propio, ya no de los varones blancos del Occidente capitalista, sino del ser humano en cuanto tal. En este sentido, y solo en este, se trata de una obra plenamente humanista, por cuanto sigue apostando por la humanidad como único sujeto colectivo por el que merece la pena vivir.

Admitámoslo: el subtítulo de *Pensativos. Los placeres ocultos de la vida intelectual* llama a engaño. Un lector potencial podría pensar que se encuentra ante un encomio hedonista (¡el enésimo!) del gusto por la lectura, o de ese estrafalario canto a la inutilidad del conocimiento que tanto daño está haciendo en los últimos tiempos, cuando se lo interpreta literalmente y no en clave crítica y contestataria. Pero este libro es algo muy distinto (de hecho, su autora, Zena Hitz, lo califica de "propuesta contracultural", p. 64) y mucho más valioso de lo que cabría esperar, en los tiempos que corren de inanidad y estupidización colectivas.

Para empezar, se trata de un testimonio personal. En una extensa introducción autobiográfica, la autora nos cuenta cómo, tras dedicarse a la docencia universitaria durante años, acabó abandonándola por "rancia y sin vida" (p. 68) al experimentar una "aplastante desilusión" (p. 25) que desembocó en un "gélido río de descontento" (p. 30). No es de extrañar, a tenor de lo que nos cuenta y que, por lo demás, nos resulta bastante familiar: en un entorno degradado donde la hiperespecialización y la aplicación de técnicas econométricas a la eficiencia de la educación se aúnan con la vanidad personal y la competitividad extrema, un espíritu mínimamente honesto y sensible no puede por menos que desanimarse. Hitz, como tantos corazones ansiosos de verdad, había aspirado a un "trabajo intelectual auténtico" (p. 40) con el "objetivo de llegar a lo más profundo", pero lo que le rodeaba no era más que una manifestación de "la engreída vida de la clase media" (pág. 35), apabullada por los lujos y la superficialidad.

Este extenso introito, lejos de distraernos del objetivo principal del libro, constituye un magnífico marco para comprender de qué estamos hablando: de *la defensa del valor del saber para la vida en un contexto existencial*, y no erudito o teorético, y mucho menos lucrativo o profesional. En lugar de una acumulación inerte de datos, el conocimiento posee una dimensión vital para el hombre en cuanto tal, pues "el ser humano debe ser más que un vehículo de su propio placer" (pág. 64): "la actividad intelectual nutre una vida interior, un núcleo humano" (pág. 41), y ese "apetito humano por aprender y comprender" (pág. 49) "es un bien natural, disponible para todos", y no reservado a una élite escolástica encerrada entre los muros de una institución agonizante que fomenta "arrogancia y desprecio por los demás" (pág. 47).

Nos encontramos, pues, ante un planteamiento de estirpe estrictamente humanista que entronca con una larga tradición que se remonta a la Antigüedad clásica (con Platón, Aristóteles, Cicerón y Séneca como principales valedores) y que encuentra en el Petrarca de *La vida solitaria* un banderín de enganche hasta nuestros días. En la línea de los clásicos, también Hitz asume que para alcanzar los frutos del árbol del conocimiento -el cual no está reñido con el de la vida, sino que constituye su espejo necesario- hay que trepar por un tronco ancho, largo y áspero, plagado de escollos. De hecho, si algo se va haciendo claro en la primera mitad del libro es que, en cuanto nos permite desplegar "nuestras capacidades más altas" (pág. 62), el trabajo intelectual impone una suerte de ascesis consistente en renuncias, distancia crítica, aislamiento social, puesta en cuarentena de las opiniones comunes y, en no pocas ocasiones, una auténtica inmolación transitoria para alcanzar

ese nivel de conciencia "que nos recuerde quiénes fuimos y quiénes o qué podríamos ser" (pág. 69). Esta travesía del desierto tiene muy poco de placentera -de ahí mis reparos iniciales al subtítulo del libro- y sí de *via crucis* imprescindible para dar el salto cualitativo hacia una suerte de revelación, imprescindible para que el saber se abrace con la verdad y la vida.

¿En qué consiste esta revelación? Pues nada más y nada menos que en "aquello por lo que sacrificaríamos cualquier cosa a la hora de la verdad" (pág. 53), ese "bien supremo" (pág. 50) cuyo "efecto estructurador" nos permita elucidar cuál es nuestra misión en la vida, qué lugar debemos ocupar en ella y, por consiguiente, cómo podemos alcanzar nuestra plenitud en cuanto humanos, y por ende, la felicidad. Esta felicidad, por supuesto, no cabe entenderla en términos posmodernos, como un bienestar anímico o euforia emocional subsiguiente a la satisfacción de nuestros caprichos y antojos, sino en tanto correlato subjetivo de la asunción de una "orientación básica" (pág. 51), "ineluctable". Es decir, de nuestra vocación más íntima: aquella que nos estaba buscando y a cuyo encuentro partimos al zarpar dejando el puerto seguro atrás para bucear en nuestra intimidad más recóndita y salvaje.

Ahora bien, en lugar de postular, en clave mistérica, un itinerario iniciático que pondría en las manos del viajero unos arcanos reservados a unos pocos, Hitz defiende (en mi opinión, acertadamente) el valor universal tanto del contenido del conocimiento como de la propia sed de saber que anida en el corazón de todas las personas, con independencia de su origen, raza, clase social u orientación sexual; "si no tuviéramos todos en común una base de humanidad, no podríamos encontrar el sentido a nuestras pro-

fundas conexiones personales" (pág. 79). No se me ocurre una afirmación más hondamente humanista que esta. En unos tiempos en que las particularidades de cada minoría (real o artificial) se anteponen a su pertenencia a una misma comunidad, recordar que todos somos humanos y "si nos pinchan, sangramos" parece casi una provocación. Pero una provocación necesaria.

Cabe advertir que la propuesta de Hitz no se contenta con postular una simple reedición del "conócete a ti mismo" que nos llevaría, ahora, a una plenitud en clave estrictamente civil, mundana: por el contrario, "la vida intelectual implica una dirección" (pág. 173): "nos conduce hacia algo más, y luego hacia algo más aún, hasta que (y si es que) llegamos a un punto en el que ya no hay nada 'más'. Nuestros esfuerzos tienen como punto final [a] Dios". Prosigue: "Dios es la fuente de la verdad y la bondad, el destino final de nuestros deseos de conocimientos y felicidad". Es en Él y desde Él como podremos retornar de nuestro viaje solitario y correr, purificados, al encuentro con los demás, con nuestros hermanos, poniéndonos a su servicio para ayudarles a encontrar su propia senda hacia la Verdad. El saber asume, así, una dimensión salvífica porque nos permite trascender lo meramente material (ese torbellino de deseos e impulsos azuzados por la industria del placer) accediendo a la fuente de toda luz. Pero es que, además, el saber despliega su auténtica utilidad, la única genuina, al ser comunicado, contagiado. "Si no lo comparto, no lo tengo", reza el aforismo. Poca importancia tendría una invitación (una más) al *sálvese quien pueda,* en este caso, quien sepa: por el contrario, Hitz, empleando conceptos que se inscriben en la tradición del humanismo cristiano, aboga por una fusión de acción y contemplación

(*contemplacción*) en la cual el que sabe, en lugar de aislarse en su torre de marfil -o en su despacho universitario-, busca a los demás para comunicarles la buena nueva de que hay una vida más alta, y que el conocimiento amoroso nos permite llegar a ella.

En su esencia, *Pensativos* es esto, y no sólo no es poco, sino que es muchísimo más de lo que solemos encontrarnos en estos tiempos banales y decadentes. Complementa la tesis principal una nutrida y variada muestra de lo que la autora llama "imágenes y modelos" a modo de ilustración e inspiración, entre los que se encuentran la Virgen María leyendo en soledad, San Agustín abandonando su maniqueísmo inicial para abrazar a Jesucristo, los hermanos Herschel construyendo un telescopio casero para estudiar las estrellas, Goethe descubriendo que todas las plantas son en lo fundamental hojas, Albert Einstein y su condena a galeras antes de devenir mundialmente famoso, Antonio Gramsci y su prolongada estancia en la cárcel, Simone Weil dándole la espalda a los ambientes intelectuales del París de entreguerras en busca de su auténtico camino o las dos protagonistas de las novelas de Elena Ferrante, meticulosamente analizadas como epítomes de dos modos de emplear la cultura (uno esencial y el otro, no)... es decir, testimonios de otras tantas búsqueda personales que redundaron, de un modo u otro, en un beneficio para todos. Y es que, absortos (*Lost in thought* es el título original de este libro), a veces olvidamos que ninguna persona es una isla: que formamos un archipiélago en el que todo lo que uno encuentra, lo halla también para los demás.

Aunque, para mi gusto, la tesis fundamental de *Pensativos* se podría haber expuesto perfectamente en unas decenas de páginas (al modo en que lo hizo Étienne Gilson

en *El amor a la sabiduría*), entiendo y asumo la pertinencia de la propuesta de la autora en un contexto hostil a todo aquello que pueda presentarse como una defensa decidida de los valores clásicos y de la vigencia inmarcesible de nuestra tradición cultural, tan amenazada actualmente. Aparte, es indudable que el tono adoptado -cálido y, por momentos, confesional- invita a la complicidad, pues el libro no se presenta, en ningún momento, como un estudio al uso (para serlo, habría que haber concedido un espacio mucho mayor a Cicerón o a los humanistas del Renacimiento), sino -como apuntaba yo al principio- como la crónica de un compromiso existencial, casi como una apología de un modo de estar en el mundo que, por desgracia, a estas alturas de siglo XXI empieza a resultar casi una rareza.

«La historiografía será revisionista, o no será». Esta podría ser la divisa de todo buen historiador, aquel que se mide con los datos, los documentos y los testimonios de los hechos del pasado, aunque amenace sus predicciones, incluso sus más profundas convicciones. En dicha tesitura se tiene que haber encontrado Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, autor de *Imperios de crueldad. La antigüedad clásica y la humanidad* (Encuentro, 2022), una auténtica crónica occidental de la infamia en la cual pasa exhaustiva revista a las tropelías que jalonan algunos de los escenarios privilegiados de nuestra historia -Grecia, Roma, la Revolución Francesa y los totalitarismos del siglo XX- y pone en solfa la función letal que puede tener una recepción acrítica, incluso amoral de la tradición clásica.

En una jugosísima introducción, Rodríguez de la Peña nos advierte de que el suyo es un libro plagado de verdades incómodas, la principal de las cuales es la siguiente: «del mundo clásico nos han venido luces inspiradoras, pero también discursos legitimadores de la violencia imperialista», inspirando por igual «a genios artísticos e intelectuales y a genocidas». Este carácter «ambivalente» no ha sido óbice para que, ya desde el arranque del Renacimiento italiano -con un Petrarca literalmente ansioso de reeditar el Imperio Romano de la mano de un loco como Cola di Rienzo-, el mundo clásico haya merecido toda clase de cultos más o menos intelectualizados, basados la mayoría de las veces en visiones sesgadas, parciales e incluso directamente falsas. De hecho, escasean los memoriales que pongan sobre la mesa el altísimo precio que tuvieron

que pagar los «perdedores» de las guerras helénicas, de las invasiones romanas o la Revolución Francesa, prefiriéndose en cambio ponderar las aportaciones que supuestamente realizaron al avance de la humanidad… una dispensa que, por cierto, parece no querer concederse al legado cristiano, muchísimo menos cruento por más que quieran algunos hacernos creer lo contrario.

En este sentido, resulta pasmoso conocer -y aquí admito mi cuota de ignorancia pasiva- el carácter imperioso, cuando no directamente criminal respecto a otras ciudades helénicas, de la Atenas de Pericles, a la cual una historiografía acomodaticia ha querido colmar de todo tipo de parabienes. Sorprende menos recapitular el carácter violento e incluso cruel de la Roma republicana en su expansión por el Mediterráneo, con una operativa militar que iba mucho más allá de lo estrictamente necesario para lograr los objetivos propuestos, llegando a pisar el umbral del urbicidio sistemático, e incluso prácticamente el genocidio (caso de los judíos).

Los capítulos dedicados al Terror jacobino, a las guerras napoleónicas y al nazismo, con todo lujo de pormenores en materia de oprobio e inhumanidad, completan un panorama desalentador, por cuanto arrojan una luz cruda e implacable sobre el trasfondo de horror que ha acompañado a Occidente en sus calas más significativas, hasta el punto de que es lícito preguntarse si la mera contemplación de la magnificencia pasada no debería inducirnos a dar un paso atrás, y preguntarnos antes de rendirle nuestra admiración: «bien, ¿y el precio?». Porque, para un auténtico humanista, de poco sirve prosternarse ante la grandeza de una pirámide si conocemos y lamentamos el coste en vidas que supuso su construcción; ni es moralmente admi-

sible proponer sin matices una restauración de los valores clásicos, haciendo abstracción de los estragos que supuso su aplicación para mujeres, niños, esclavos o prisioneros de guerra (y, en este ámbito, el acopio de materiales por parte de Rodríguez de la Peña resulta demoledor, obligándonos en más de una ocasión a abandonar temporalmente la lectura para no caer en el más desesperado abatimiento). Y es que, al final, nuestro interés por el pasado no puede limitarse a una recepción acrítica por estrictos motivos museológicos: desde una perspectiva hermenéutica, el diálogo entre las épocas posee una dimensión dialéctica y especular, de manera que lo que admitimos del legado de las generaciones pasadas debe traducirse y matizarse en términos axiológicos. Claro está que ello no supone desterrar de nuestro interés obras de arte, e incluso artistas cuyos valores no son los nuestros; pero de ahí a erigirlos a pautas a imitar (que es en el fondo el sentido que siempre ha tenido el término clásico: aquello digno de emulación) hay un trecho largo.

Se publica este libro en un momento sumamente oportuno, cuando la propia cultura occidental está siendo asaltada desde dentro por hordas de analfabetos funcionales (la mayoría, irónicamente, estudiantes universitarios y titulados con pocas luces) que quieren con una mano borrar de un plumazo –cancelar– lo que consideran un reguero de abusos y atropellos, mientras con la otra le acarician el lomo, con una indulgencia que raya en la complicidad, a la barbarie que estrella aviones contra rascacielos o decapita a personas reales por las calles.

En este contexto de batalla cultural, el humanismo, y sobre todo de estirpe cristiana (que es el realmente amenazado), tiene las de perder en un plano material, pues no

puede permitirse las licencias éticas de las ideologías violentas, pero no por ello ha de bajar los brazos y darse por vencido, pues los valores de la compasión y la piedad deben ser defendidos por encima de cualquier otra consideración. Un primer paso puede ser aportar datos para desmitificar períodos del pasado que se nos proponen a modo de ejemplos de excelencia, como realiza magistralmente Rodríguez de la Peña; pero otro, y el más importante, es no olvidar que, en un contexto de falso relativismo moral como el que nos anega, «resulta innegable que en todos los avances humanitarios de la historia se detecta una raíz religiosa, siendo la judeocristiana con mucho la más decisiva» (pág. 33). Y, con ello en mente, seguir escribiendo, leyendo y argumentando, sin dejar en ningún momento de recordar que, por muy remoto que nos parezca el otro, y bárbara la forma en que se conduce, no deja de ser «nuestro semejante, nuestro hermano».

EL CAMINO DE LA VACILACIÓN

Hay varias formas de asomarse a un libro de aforismos, si bien podrían subsumirse en tres: una pasa por contentarse con degustar cada uno de ellos de manera aislada y sucesiva, sin buscar ni encontrar nada más allá del destello singular de cada frase afortunada (este es, me parece, el método más extendido entre los lectores); otra, acoger el volumen a modo de testimonio del carácter, la personalidad o la idiosincrasia del autor, de manera que los textos perderían sustantividad –literaria o cualquier otra– viéndose reducidos a meros "signos" de un yo que se mostraría / ocultaría en ellos (y diría que *Tú eres la tarea* corre el riesgo de ser percibido en esa clave, llamémosla así, hagiográfica); una vía intermedia, que es a la que me atengo en estas líneas, pasa por interpretarlos de acuerdo con un vasto código entreverado de referentes culturales, históricos, antropológicos y religiosos, lo cual les devolvería en enjundia gnoseológica lo que les privaría de todo alcance estrictamente poético. Sin descuidar su encarnación del sentido en un sujeto concreto, epocalmente ubicado, cobran así los aforismos una dimensión doble: por un lado, conservan su enraizamiento personal, y pueden llegar a ser decodificados de acuerdo con aquello que sabemos o podemos averiguar de su autor, pero por otro lado alumbran un conocimiento, ya no sólo del tiempo y la sociedad en que fueron escritos, sino de nuestra propia condición humana, que es lo que a fin de cuentas convierte a la literatura en un instrumento fundamental para la vida (lo contrario es escapismo).

Si algo caracteriza la obra de Franz Kafka es, precisamente, esa virtualidad inigualable de proyectar luz sobre una forma de estar en el mundo que no es solo suya, sino que nos atañe a todos en mayor o menor medida. Me refiero a ese carácter siempre errante, desubicado, de los personajes de sus narraciones, los cuales parecen habitar en un mundo que no entienden, que les sobrepasa, cuyas motivaciones carecen de lógica aparente y que a duras penas pueden sostenerse en pie ante la acometida de los acontecimientos. En breve: esta es la experiencia radical del sujeto contemporáneo quien, tras darle la espalda a los tres ejes que habían sostenido la existencia humana hasta entonces –lo divino, la tradición y las instituciones–, se siente arrojado a la vida sin asideros como un barquito de papel al océano. (En esto, ciertos cuentos de Andersen me parecen precursores de algunos relatos del praguense: ¿no es K. un alter ego del soldadito de plomo, del patito feo o de la mismísima Pulgarcita?). Si muchos lectores del siglo XXI se siguen sintiendo concernidos, incluso interpelados por las tortuosas peripecias que asuelan a los protagonistas de *El proceso*, *El castillo* o *América*, es sin duda porque comparten el mismo desarraigo, idéntico estupor.

Como judío, además, Kafka experimentaba respecto a su propia identidad un sentimiento ambiguo que le impedía subsumirse en ella con la inocencia de sus ancestros, aunque no podía dejar de manejar conceptos propios de su cultura. Esto, que en muchos de sus relatos (caso de “Ante la ley”) resulta más o menos evidente, se camufla en otros sin dejar de ser perceptible al trasluz del análisis: Kafka se siente una suerte de hijo pródigo que quiere y no quiere, pertenece y se aparta, va y viene, en una desgarradora oscilación que acaba arrojándole a una tierra de nadie que es,

en muchos sentidos, la del individuo occidental privado de sus señas de identidad, sus firmes anclajes y su vocación de pertenencia. Los personajes de Kafka adolecen de la falta de un hogar en el que insertarse: son como el niño protagonista de *¿Dónde está la casa de mi amigo?*, la encantadora película del cineasta Abbas Kiarostami, quien se extravía en una búsqueda en apariencia banal pero que logra transmitir esa orfandad cósmica que todos hemos sentido en algún momento cuando no disponemos de claves para descifrar el significado de lo que nos está pasando. En sus narraciones, Kafka consigue devolvernos como pocos a esa edad en la cual aún no poseemos el arsenal necesario para domeñar el absurdo que nos circunda, y que sólo con mucho esfuerzo y no poco espíritu de sacrificio lograremos transmutar en algo parecido a un atisbo de la trascendencia… algo que, por cierto, el individuo actual parece haberse proscrito a sí mismo, lo cual explica muchas cosas. (En este sentido, y sé que a Kafka le horrorizaría lo que voy a escribir, aquello que busca denodadamente el que no sabe lo que busca, en realidad peregrina para alcanzar la casa del Padre).

En los aforismos publicados ahora bajo el título *Tú eres la tarea*, en edición de Reinar Stach y traducción de Luis Fernando Moreno Claros, encontramos a un Kafka muy distinto al que nos resulta monstruosamente familiar (familiar como puede ser una boa en un terrario instalado en el salón de una casa, quiero decir). Como explica Stach en su magnífico prólogo, estos apuntes –no todos aforismos en puridad–, compilados por el autor durante su estancia campestre en Zürau, se presenta “una colección de textos de muy diversa forma, tono y extensión” que remiten en algunos momentos al Kafka diarista, pero que en

otros consiguen avizorar regiones más vastas. Hallamos, así, fulguraciones sumamente evocadoras ("El camino verdadero pasa por una cuerda que no está tendida en lo alto, sino apenas por encima del suelo. Parece más destinada a tropezar que a ser rebasada"; "A partir de un cierto punto ya no hay vuelta atrás. Ese es el punto que hay que alcanzar"); visiones de gran calado existencial, casi sisífico ("Como un camino en otoño: apenas queda bien barrido, se cubre otra vez con las hojas secas"); auténticos acertijos metafísicos ("Una jaula fue en busca de un pájaro")…

Quien busque en estos textos la inmediata gratificación del aforismo clásico quedará, lógicamente, defraudado: su nervadura es la misma que la de los apuntes de otro judío genial, aunque sefardí, Elias Canetti, quien *en El otro proceso de Kafka* reconocería su deuda intelectual para con el semita asquenazí nacido en la capital de la actual República Checa: en ambos casos, el aforismo renuncia a entregar un sentido concluso para remitir a una constelación de referencias tan amplia como la del mapa del emperador borgiano… Sin embargo, el esfuerzo hermenéutico, ímprobo, que lleva a cabo Stach para iluminar lo que el autor pudo querer decir remitiéndolo a otros escritos suyos, personalmente me resulta molesto. No consigo entender cómo se puede preservar, sin traicionarlo, lo intrínsecamente kafkiano destripando sus palabras y sometiéndolas a una reducción semántica por contextualización; por el contrario, parece una tarea estéril porque, lejos de esclarecer su esencia más pura, la emborrona. Tal vez para un estudiante de literatura universal los prolijos comentarios de Stach pueden ayudarle a subsumir a Kafka en una horma interpretativa; para un auténtico interesado en la literatura como llave para acceder a lo insondable humano, a lo

sumo aportan quizás algunas pistas las cuales, en cualquier caso, nunca agotarán el verdadero calado de los textos que nos ocupan.

Cierto es que cuando Kafka aborda en estos cuadernos en octavo (nombre que recibe el tomito en algunas ediciones, junto al de *Consideraciones sobre el pecado y la gracia*, o Aforismos de Zürau, entre muchos otros) reflexiones de índole metafísica y religiosa, se hace menester contar con una formación suficiente para orientarse en el denso bosque de conceptos manejados por el autor; de lo contrario, la lectura resultará infructuosa. Me refiero, especialmente, a los párrafos dedicados al tema del mal, del conocimiento, del libre albedrío y de la culpa; quien no disponga de un sólido bagaje intelectual, lo más probable es que pase por ellos de puntillas, entre confuso y chasqueado. Aun así, soy de los que abogan por una docta ignorancia la cual, estratégicamente administrada, puede permitirnos acceder a ciertos registros del sentido que permanecen vedados al mero escrutinio racional: resulta mucho más fructífero, para lo que nos ocupa, tratar de deducir a duras penas lo que se nos intenta decir, que un tercero nos lo entregue completamente descodificado: ese componente de riesgo y apuesta forma parte, a mi entender, de una lectura auténticamente relevante, intrépida, no consolatoria, tan cara por lo demás a los miembros de mi gremio, el de los filólogos.

En cualquier caso, las glosas que acompañan a los "aforismos" de Kafka resultarán de utilidad para quien quiera disponer de ellas. No las censuro, es más, son magníficas. Ahora bien, cabe precaverse de la lectura mediatizada en exceso por la consideración de todo aquello que no sean los propios textos, en su ruda interpelación a la

semiosis personal. Si alguna potencialidad tiene, todavía, escribir y leer literatura, es en la medida en que nos señala tímidamente una senda que, sepámoslo o no, querámoslo o no, todos y cada uno tenemos que recorrer en solitario, sin brújula, pero también sin muletas. Y es que, como afirma Kafka: "Hay una meta, pero ningún camino; lo que llamamos camino es vacilación" (pág. 74).

NADA DE LO LITERARIO NOS ES AJENO

La rama de oro es el rótulo de una sección que Luis Alberto de Cuenca mantiene desde hace años en la revista Leer, y rinde homenaje al clásico homónimo de James George Frazier. Como reza la nota editorial, «la variedad temática y el capricho presiden los distintos epígrafes del libro, que aspira a difundir el gusto por la lectura y el acercamiento placentero a una atractiva serie de libros de ayer, de hoy y de siempre». No miente. Estamos ante una recopilación de artículos heterogéneos: reseñas clásicas, perfiles biobibliográficos, recomendaciones literarias, incluso npas más o menos confesionales en las cuales el autor a sus juveniles lecturas de la obra de Shakespeare, ı su encuentro con tal o cual libro en una librería de ɜ o expone su concepto de la literatura como «la pomada que alivia nuestras heridas» (pág. 175).

A pesar de incluir decenas, quizás centenares de referencias eruditas de toda clase, *La rama de oro* es de lectura ágil, percibiéndose el medio al que iban destinadas las piezas: una revista de índole generalista y divulgativa. A este libro se le podrían aplicar las palabras que el autor destina a Martín Almagro Gorbea: «escribe de forma didáctica y ajena, sin que la profundidad de sus conocimientos sea un obstáculo para comunicar con un público muy amplio» (pág. 67). Lejos de suponer un demérito, resulta de agradecer que un sabio de la talla de Luis Alberto de Cuenca desista de recluirse en una torre de marfil, tan tentadora, y se avenga a compartir amigablemente sus gustos y disgustos en público.

A despecho del carácter heteróclito de su contenido -escrito, la mayoría de las veces, a propósito de la publicación de una novedad editorial, o de la reedición de un clásico-, percibimos en el libro un hilo rojo que infunde coherencia a las distintas piezas que lo componen: se trata de la convicción de que las distintas tradiciones culturales comparten un fondo común, esa «Humanidad» que el autor escribe estupendamente en mayúsculas y que, en tiempos de extincionismos diversos, se hace más urgente que nunca. Símbolos, arquetipos, mitos y leyendas apuntan a un bagaje antropológico compartido por todos, lo cual nos permite trascender la estrechez de los localismos obtusos para acceder a un tesoro de un valor inmenso, ya que supone el acervo cultural y literario que ha podido reunir la especie a lo largo de la historia. Vistos desde esta perspectiva transversal, humanista, podemos ver desfilar sin torcer el gesto a Charles Nodier junto a Galdós, a Pedro Abelardo junto a Lovecraft, a Saint-Exupéry junto a enjundiosas reflexiones acerca de *Las mil y una noches* o de los libros sobre Japón de Lafcadio Hearn, de la mitología celta o del Santo Grial: a Luis Alberto de Cuenca, eminente estudioso de lo humano, nada de lo literario le es ajeno, y así no le resulta complicado inscribirse en la estela de los borgesianos, para quienes la vida es un conjunto de referencias cruzadas, una «biblioteca babélica» en la cual casi cualquier cosa tiene cabida porque todo dialoga entre sí. Como afirma el autor a propósito de los cuentos populares, tampoco las obras literarias «tienen patria chica, pues pertenecen a esa patria grande que no es otra que la Humanidad» (pág. 175).

Por mucho que para quien esto escribe la literatura sea otra cosa que «ante todo, placer, deleite» (pág. 167), no

puedo por menos que compartir esta afirmación de *La rama de oro*, la cual bien podría presidir un imaginario congreso de literatos (activos y pasivos): «Leer es soltar el lastre necesario para que el globo en el que viajas gane altura y no acabe estrellándose contra la montaña vecina» (pág. 166). Ese impulso vertical, que tan bien ha sabido captar Luis Alberto de Cuenca, es en esencia lo que confiere valor epistemológico a la lectura, pues implica vaciarse de prejuicios para acceder a una más vasta comprensión de algo que, seguramente, tampoco esté en la propia literatura, sino mucho más allá de ella, incluso más allá del lenguaje humano. Pero eso ya sería materia para otro libro…

REAPRENDER A VIVIR CON LOS CLÁSICOS

Que los clásicos son eternos resulta una afirmación recurrente, pero no por ello menos cierta. Aunque cada época elige cuáles son aquellos que mejor se ajustan a sus propios intereses (y cabe recordar que en el siglo XVIII hubo quien consideraba que ni Homero ni Shakespeare merecían dicha consideración, por su escandalosa falta de decoro), no ha existido ni existirá ninguna que no cuente con su panteón particular de autores a los que asomarse y de los que beber. Y es que, como bien nos advierte la hermenéutica, toda época se construye de un modo dialógico con el pasado: incluso aquellas propuestas culturales más revolucionarias e innovadoras tomaron como punto de apoyo algún precedente en el tiempo que les brindase una base y, en cierto modo, también un modelo.

La vigencia de los clásicos, pues, aparte de por su valor intrínseco, se explica por una dimensión práctica, moral, en la medida en que apelan a una naturaleza humana compartida por todos los tiempos (y quién sabe si todas las latitudes, según propugna la philosophia perennis). Podría decirse: «dime qué consideras clásico, y te diré quién eres».

Para Pive Amador, autor de *El arte de vivir* (Renacimiento, 2020), clásicos son aquellos escritores que han reflexionado acerca de la vida, de su valor intrínseco y del mejor modo de conducirse uno mismo y en relación con los demás. No puedo estar más de acuerdo con él: en la línea de la tradición humanista, el saber consiste, ante todo, en saber vivir (hasta el punto de que Gracián advertía, en su *Oráculo manual*, que «no se vive si no se sabe»), en elucidar qué debemos tener claro para no ser excesivamen-

te desgraciados ni provocar demasiados estragos en nuestro entorno; no se trata de acumular conocimientos estériles, sino de invertirlos en la implementación de pautas de conducta bien fundamentadas. En un tiempo como el nuestro, en el que hay quien propugna el relativismo como absoluto -hasta el punto de postular la inexistencia de una naturaleza humana-, una propuesta semejante ya nos parece, cuanto menos, estimulante.

Así las cosas, Amador se propone demostrarnos, con citas extraídas de la obra de Gracián, pero también de muchas otras fuentes (La Bruyère, Pascal, La Rochefoucauld, Spinoza, Vauvenargues, Schopenhauer, Nietzsche, Cioran y un etcétera muy largo, quizás demasiado), que no hay mejor guía para reflexionar sobre el presente que la que nos brindan los clásicos. Si bien el objetivo explícito de este libro es el de iluminar y esclarecer un texto tan denso y rico en sugerencias como el *Oráculo manual* del jesuita aragonés, lo cierto es que el cuerpo principal del mismo consiste en una sucesión de citas, muy pertinentes eso sí, pero no siempre bien coordinadas entre sí, de modo que la impresión final es la de un sugestivo centón en torno a temas esenciales de nuestro modo de estar en el mundo (el amor propio, la amistad, el aprendizaje, la imaginación, la generosidad), pero no mucho más.

Sea como fuere, aunque el saldo final no acaba de resultarnos satisfactorio (demasiado denso para un lector ligero, demasiado ligero para un lector exigente), hay que saludar la iniciativa de llamar la atención sobre el valor inmarcesible de los clásicos para la vida. Y es que una cultura que le da la espalda al pasado se está cegando también cualquier vía de futuro.

VIGENCIA DE LAS VIRTUDES

La colección A la mínima, dirigida por Manuel Neila, inaugura la temporada de novedades aforísticas con *Gnómica*, una excelente colección de aforismos del escritor catalán Eugenio d'Ors (1881-1954).

El libro presenta, perfectamente organizados en una sucesión orgánica (desde unas indagaciones genéricas acerca del sentido de la vida hasta la natural desembocadura de la existencia: la vejez y la extinción física) una serie de aforismos ilustrados de distinto tono –algunos más humorísticos y plásticos, otros ciertamente severos y lapidarios– en los cuales se plasma la filosofía del autor, consistente en una recia defensa de los valores clásicos, entre ellos el pudor, el orden, la armonía, la prudencia, el recato, la cautela… ¡incluso la rutina! Esto confiere al volumen una impresión de breviario moral muy salutífero en una época tan poco propensa a romper una lanza (¡ni siquiera un simple dardo!) por la vindicación de unos principios firmemente anclados en la tradición conservadora.

D'Ors no sólo no teme ser tachado de conservador, sino que arremete con firmeza contra los «suspiritos» modernistas y las «vaporosidades» septentrionales, postulando en cambio una pauta de conducta apolínea, en la línea del Goethe de madurez (al que tanto admiraba el autor). Para D'Ors, la apuesta por la forma, por el límite y el cauce, es la forma más certera de no extraviarse en líricas delicuescencias que a nada conducen, ni individual ni socialmente. Se trata, es cierto, de una llamada al orden que contrasta con las extravagancias vanguardistas que tanto daño han hecho… y no sólo en el orden artístico.

D'Ors se presenta en *Gnómica* como un guardián de la moral, sí, pero para ello no apela a instancias externas o a tribunales póstumos, sino a un concepto mediterráneo de «civilidad» que remite a las fuentes griegas más frecuentemente citadas, aunque raramente practicadas: la del foro ateniense y la democracia dialógica, serena y soleada, tan reacia a los bárbaros excesos… si bien dicha visión idealizada posee sombras y matices en los cuales no solemos detenernos (entre ellos, la esclavitud o la exclusión de las mujeres de la vida social).

En cualquier caso, el libro funciona estupendamente en todos los sentidos, y se lee con gran placer, en ocasiones con regocijo. Me reporta una personal alegría que se editen libros como este en un siglo tan estupidizado como el XXI y, aunque el lector pueda discrepar en parte e incluso en la totalidad de los planteamientos dorsianos, lo que nunca podrá negar es la enjundia de un proyecto intelectual como el que se despliega ante sus ojos. Y eso, en los tiempos que corren, no es moco de pavo.

Filosofar es hacer germinar y florecer una semilla de eternidad.

La eternidad de las cosas es su Forma.

Mis límites son mis riquezas.

La razón fisga siempre entre rendijas.

La inteligencia aleja la muerte.

Abrimos la boca y respiramos Tradición.

LA FLOR INMACULADA DEL VIVIR

En los últimos años, la figura del escritor francés Christian Bobin (Le Creusot, Francia, 1951) ha ido creciendo de manera exponencial, hasta convertirse en un referente en lo que atañe a cierto tipo de literatura, concisa y esencial. Es autor de numerosos libros breves en los que mezcla la poesía y el ensayo. En 1993 su libro *El bajísimo* (publicado en España por la editorial El Gallo de Oro) obtiene el Prix des Deux Magots y lo saca del casi anonimato en que había estado escribiendo hasta ese momento. En castellano es posible encontrar, entre otras, sus obras *Autorretrato con radiador, Un simple vestido de fiesta, La más que viva, Elogio de la nada* y *Resucitar.*

La vida pasajera es un poema en formato epistolar, o una larga carta en verso, publicada en francés hace ya treinta años, nada menos, pero que condensa muchas de las virtudes -y también de las vulnerabilidades- que preside la escritura bobiniana. Encontramos aquí esa disposición a encontrar en las palabras un pálpito de existencia verdadera, ese amor por la comunión espiritual con la realidad («la flor inmaculada del vivir», la llama Bobin), que tanto se echa en falta en el mundo actual, asfixiado por todo tipo de solicitaciones materiales y sociales. Es precisamente ese «espíritu de inocencia» en el decir, que tantas adhesiones le está cosechando, lo que constituye asimismo el principal talón de Aquiles del autor: y es que cuando uno se despoja de convencionalismos artificiosos y abraza la prístina sencillez del verbo auroral, se encuentra siempre a un paso (y, a veces, a menos) de caer en la sensiblería, cuando no de la cursilería. Es difícil decidir si los versos «un temblor del

espíritu / como de ropa blanca sobre un cordel» son de una plasticidad portentosa o están a punto de incurrir en un fácil imaginismo, muy del gusto de poetistas de Instagram.

Frente a estas amenazas, sin embargo, se yergue poderosa una propuesta que alimenta un compromiso vital insobornable, basado en la confianza (a la que califica de «la madre de todas las raíces» en la entrevista que, realizada por Cristina Rodés, se incluye en el volumen *La presencia pura*, publicado por la misma editorial que publica *La vida pasajera*, El Gallo de Oro) y en una voluntad de no dejarse descentrar del auténtico foco que debe absorber toda nuestra atención: el servicio a la vida a través del cultivo de la belleza y de la verdad, en su caso, mediante la escritura. «Hace falta arrancar nuestro corazón / de todo aquello que lo satura», afirma Bobin, en una invitación al necesario ascetismo previo a cualquier revelación (incluso cuando ésta se ciña a lo estrictamente terrenal).

Resulta balsámico y, al mismo tiempo, revitalizador que en los tiempos que corren se editen libros como éste: nos ayudan a mantener en alto el pabellón de la literatura, liberándola -al menos, durante un tiempo- de las fauces de la industria del ocio. Y es que la poesía, el arte en general, no es un mero entretenimiento más o menos culto, más o menos chic (aunque ahora lo chic sería llamarlo *cool*, sin dejar de remitir a la misma frivolidad), sino una forma de estar en el mundo que le da la espalda a la dimensión instrumental de las formas para ponderar sus virtualidades sacras. «Rendido a la calma a la claridad / y nada más que Dios ante mí»: una declaración así, ya sólo puede ser pronunciada sin mover a escándalo en un contexto que se ha despojado de todo chantaje epocal, y camina liberado por una senda propia, esencial. En un mundo, ya no profano,

sino profanado, que abjura de cualquier sombra de trascendencia, alegra el corazón que existan autores como Bobin. Como testigo pudoroso de una existencia digna, constituye, ya no tan solo un autor a leer y estimar, sino un faro moral y un verdadero referente espiritual.